

BEATRIZ
GUTIÉRREZ MÜLLER

FEMINISMO

SILENCIOSO

REFLEXIONES DESDE EL YO,
EL NOSOTROS, EL AQUÍ Y EL AHORA

 Planeta

© 2024, Beatriz Gutiérrez Müller

Formación de interiores: Moisés Arroyo Hernández
Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Stephanie Iraís Landa Cruz
Ilustración de portada: © iStock
Fotografía de la autora: © Cortesía de la autora

Derechos reservados

© 2024, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1656-1

Primera edición impresa en México: julio de 2024
ISBN: 978-607-39-1591-5

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva de la autora y no representa la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Introducción	13
En qué contexto se escribe	14
Admiración y violencia	16
Orientaciones	19
I. Individuo, pensamiento, lenguaje y sociedad	25
Qué somos	25
¿Para qué vivir?	31
Soy y somos	34
Somos lo que pensamos	37
Somos lo que decimos	46
La comprensión	50
II. Las féminas, históricamente	57
Histórica diatriba: Dumas e Ideville	57
La respuesta anónima	61
Femenismo, luego feminismo	64
La mujer pura y la mujer pecadora	65
El sexo fuerte y el sexo débil	67
El derecho al divorcio	70
La polémica entre sufragistas y antisufragistas	72
Los derechos de las mexicanas	76
Libres e iguales	78

III. La resistencia	81
Definición	81
Los resistentes	83
El rebaño y la libertad	85
Las resistentes del pasado y la calumnia	88
IV. El silencio	97
Guardar silencio	98
La voz pública	99
Una forma de protestar	103
Del dicho al compromiso	106
La prudencia	106
V. Transferencia	111
Buscar un significado	111
La comprensión	113
La disrupción	115
Los prejuicios	117
El efecto espectador	119
Banalidad del mal	120
Una antonomasia	121
Transferida	125
Deslindarse	130
El mundo de las falacias	132
La falacia intencional	137
Autor, personaje, lector	139
La falacia misógina	142
VI. Las circunstancias	145
Qué depende de mí	145
Solo hoy, sola hoy	146
Mis prioridades	148
VII. El feminismo silencioso	151
Buscar otro significado	152
El feminismo silencioso	154

El feminismo silenciado	156
Los feministas solidarios	158
El patriarcado antifeminista	159
La estética en la cosa pública	166
El sexismo hacia las mujeres públicas	168
Propuestas para una agenda feminista	170
<i>a)</i> La democracia	172
<i>b)</i> Equidad salarial	174
<i>c)</i> La independencia económica	176
<i>d)</i> La justicia	180
<i>e)</i> La autoestima	184
Las redes sociales, mitos y experiencia	187
Minatitlán, mayo de 2018	193
Desde 2006, aclaraciones	199
Nuestras elecciones	202
Mi yo y mis circunstancias	204
La voz que no se escucha	207
El sustento legal, una anécdota	212
No somos propiedad de nadie	217
Riesgos razonables	219
La cotidiana censura	221
Decisión de dos	228
El pacto no escrito	229
VIII. Humanismo	233
La maternidad (paternidad)	236
Una mujer humanista	238
Narcisismo, un riesgo	241
IX. La congruencia	245
X. Posdata	247
Notas	251

*A mi hermana Gabriela;
a Laura Nieto;
a mi Jesús Ernesto, el más resistente.*

INTRODUCCIÓN

Desde el inicio advierto: si alguien espera encontrar en mis palabras dictados provenientes de otras bocas, lo mejor es que abandone este libro. La autora está explícitamente señalada en la portada y forros, y es la que ha registrado sus derechos de autor (ISBN). Es la responsable de lo que aquí se escribe y nadie más. No hay fusión de pensamientos, no hay autor tras telones. Si eso se entiende desde el inicio, enhorabuena; si no, lo que pasará aquí será una «transferencia», palabra que formará parte del contenido por ser justo uno de los propósitos que me han motivado a poner ante el lector estas reflexiones sobre temas concretos.

Este volumen nació en la práctica y pretende generar una referencia teórica. El asunto surgió a raíz de una situación peculiar en la esfera pública que me obligó a plantearme cuestiones fundamentales sobre este nuevo escenario. Dicho de otro modo: la praxis no surgió de un marco referencial, sino de un ámbito circunstancial no elegido, sino coyuntural, relacionado con decisiones de vida exclusivamente personales.

A más de un lector o lectora quizá le haya ocurrido estar en un lugar y sentir un impulso instintivo de hacer algo. Sin embargo, al llevar a cabo esa acción (que no es una imaginación), se descubre que no hay correlación entre lo supuesto y la realidad. No hay, asimismo, un manual práctico, por no decir una escuela de pensamiento, que pueda explicar, para ayudar, qué camino seguir. «Al andar se hace el camino, / y al volver la vista atrás / se ve la senda que nunca / se ha de volver a pisar»,¹ versó Antonio Machado. La montaña que he debido subir y bajar ha estado

llena de surcos, malezas; algunos solares, relieves indescifrables, riscos, tramos llanos, promontorios para descansar, cuevas riesgosas, repentinas elevaciones a las que hay que entrar a ciegas y, en fin, un camino abriéndose porque hay que atravesarlo. No hay retorno. Atrás, esa senda «que nunca / se ha de volver a pisar».

EN QUÉ CONTEXTO SE ESCRIBE

Creo en la explicación causa-efecto sobre el origen de los actos y las actitudes, atribuida a Platón: «Todo lo que nace proviene necesariamente de una causa; pues sin causa nada puede tener origen» (*Timeo*). Este libro es una consecuencia, como lo explicaron en su momento dos grandes filósofos: Tzvetan Todorov y Judith Butler, de los que me apoyo para explicar algo más.

En la primera edición de *Nosotros y los otros* (1989), Todorov anotó:

debo renunciar también a la reserva del historiador: a lo largo de este trabajo, mi objetivo ha sido aprender no solo cómo han sido las cosas, sino también cómo deben ser; he querido conocer y juzgar. No podemos solamente estudiar a los otros: siempre, en todas partes, en todas las circunstancias, *vivimos* con ellos.²

Por su parte, Butler se vio en la necesidad de aclarar, hasta la segunda edición de su famoso volumen *El género en disputa* (1999), nueve años después de la primera (1990), algo fundamental que recojo para mí de igual modo:

Hay un elemento acerca de las condiciones en que se escribió el texto que no siempre se entiende: no lo escribí solamente desde la academia, sino también desde los movimientos sociales convergentes de los que he formado parte [...] Detrás hay una persona: asistí a numerosas reuniones, bares y marchas, y observé a muchos tipos de géneros.³

Todorov y Butler me ayudan a declarar que afirmo, pero, sobre todo, pregunto. Estoy en un continuo aprendizaje. Conversar con los que me han precedido en temas afines sobre situaciones parecidas me permite al menos intentar comprender qué ocurre y, en el mejor de los casos, ofrecer una respuesta, una réplica, una refutación.

Este libro no está escrito para la academia, porque el lenguaje científico es muy especializado; tiene pocos lectores. Pero, a la vez, en su afán de ser divulgativo, toma la elocución de la academia, porque discierne en torno a un problema. Es mi testimonio razonado, producto de mi personal participación en movimientos sociales y un *sui generis* rol que me tocó o que el azar puso en mi camino para responder: «Sí, adelante».

Como Butler y Todorov, busco comprender por qué yo estoy detrás de estas líneas. Yo misma he visto, acompañado y asistido a reuniones, marchas y cónclaves durante años. He atestiguado la expresión de un sinfín de géneros, no solo sexuales, sino géneros de personas, de individuos, de *yoes* distintos, así como grupos y comunidades que, a su vez, son un *nosotros* en un país como México, plurilingüístico, diversísimo, con una raigambre cultural milenaria y, al mismo tiempo, orgánicamente fuerte, original, poderoso, amable, admirable. Un país dentro del mundo (los otros), el cual, a su vez, ha construido su historia sobresaliente y reconocida, pionera en muchos momentos, vanguardista en todos los ámbitos.

Por lo anterior, me parece relevante comenzar advirtiendo que, antes que nada, soy una persona, una mujer, una mujer mexicana, republicana, a favor del laicismo y de la legalidad. Soy partidaria de la fe, y considero la libertad como un don tanto particular como colectivo. En el momento en que escribo esto soy madre, esposa, ama de casa, profesional académica, y modesta partícipe y entusiasta de grandes causas de nuestro tiempo: la democracia, la justicia, el compromiso social, la inclusión, la igualdad y la paz.

Por la necesidad de comprender sobre *mi ser persona* y, en particular, *mi ser mujer* en el lugar donde me encuentro hoy, incurro quizá en una falta, ya que no soy filósofa y menos en

temas relacionados con la mujer. Sin embargo, cavilo como todos los demás. Cada uno de nosotros orienta su pensamiento, ya sea como «modo de pensar» o «modo de vivir», según nuestro pasado y nuestro presente. Considero que la filosofía que no ayuda a resolver los problemas fundamentales de los seres humanos tiene poca utilidad. La vida contemplativa es hermosa (¡a mí me lo parece!), pero mirar sin actuar es vivir a medias.

ADMIRACIÓN Y VIOLENCIA

María Zambrano expresó algo en verdad profundo y cierto: «La filosofía es hija, a su vez, de dos contrarios: admiración y violencia». Esto no significa que pensar produzca admiración o violencia, sino que a partir de ese terror o sorpresa dimanan las reflexiones.⁴ El binomio se parece al que emplearon algunos tratadistas retóricos de la Antigüedad para indicar cómo es que recordamos más unos hechos que otros. Es lógico que, a causa de una emoción inédita o de un suceso no común que nos toca vivir, nuestra mente arraigue con mucha más vehemencia unos episodios más que otros. Y aunque Zambrano funda el pensar en la sensación extrapolada de emociones, cualquier ser humano que filosofa («de filósofo y loco todos tenemos un poco») lo hace a partir de algo sumamente impresionable.

Cualquiera de nosotros se sumerge en la explicación o búsqueda de respuestas ante aquello que nos hechiza o impacta, ya sea por su fealdad, su maravilla, su dolor, su hermosura; por las rasgaduras que nos deja, por la curación que ofrece, o por su espontaneidad y su forma casi milagrosa de aparecer y desaparecer como una ráfaga en el infinito. ¿Quién que no haya conocido del suicidio de un ser querido, por decir, no se pregunta qué llevó a esa persona a quitarse la vida? ¿Quién que haya sido secuestrado o le haya tocado vivir de cerca tal situación no indaga en un nivel mucho más allá de la expresión de barbaridad cuál o cuáles son las causas que lo provocan? ¿Quién que haya sido un refugiado o asilado, como la española María Zambrano,

a causa de sus ideas políticas, no indaga exhaustivamente por qué pensar distinto tiene un precio tan alto? Hay una anécdota narrada por ella misma, con fecha del 15 de febrero de 1987, en «A modo de prólogo», donde reflexionaba de cara a su primer libro, de 1939, titulado *Filosofía y poesía* (meses después regresó a España):

Cuando fue llamada a filas la quinta de mi compañero [...] en el momento en que era más evidente que nunca la derrota de la causa en la que creíamos. «¿Y por qué vuelven ustedes a España si saben muy bien que su causa está perdida? Pues por esto, por esto mismo».⁵

Es la lucha por la utopía, aunque nos toque perder.

Los liderazgos que hoy se asoman sobre temas diversos han partido de la admiración o de la violencia. No es una violencia genérica, como la de un arma disparándose contra otros. Es mucho más. La violencia es una transgresión injusta, una brutalidad; el asomo de nuestro ser salvaje que está poseído por la ira y la virulencia. Lo que una persona recuerda más es, en efecto, lo que tocó su conciencia por ser un hecho extraordinario, impresionable.

Por lo que veo, hombres y mujeres que encabezan esfuerzos por una causa muy concreta es porque les admiró o les violentó, en el sentido que explica Zambrano. Si una padeció cáncer, tiene hijos con síndrome de Down, parientes con alzhéimer y otras enfermedades, siente, comprende y actúa. Ha mediado el «ir más allá». De manera genuina, surge el deseo de ayudar al prójimo en circunstancias idénticas o parecidas. Si tiene los medios, casi por impulso se convierte en activista de esa causa. Lo mismo sucede con aquellas mujeres que han padecido violencia de género, escarnio digital; que han perdido a sus hijos a causa del narcotráfico, la migración, la desaparición forzada o la persecución política. He conocido mujeres que, por haberlo vivido, se agrupan en fundaciones o colectivos a favor de esos problemas concretos, y conversar con ellas amplía siempre mi visión de las

miradas particulares que tienen; cómo es que tomaron la decisión de «ir más allá», actuar, defender, motivar, resolver. Así comenzó su carrera Rosario Ibarra de Piedra. Ella era una «señora de casa» y su hijo Jesús, quien había decidido participar en movimientos clandestinos en Monterrey con la Liga 23 de Septiembre, «desapareció» por motivos políticos. Fundó el Comité ¡Eureka! y hasta el último día de su vida luchó por todos los desaparecidos debido a su forma de pensar: contra la represión y por la democracia.

Así como ella, hay mujeres que han abogado por las presas, por artistas; las que le plantan la cara al acoso de hijos en las escuelas, al robo de infantes o a la sustracción de menores por parte de la pareja; otras que intentan poner el ojo en el suicidio, la salud mental o la propagación de enfermedades ginecológicas. Han vivido esto y les ha dejado una impronta en el alma; están indignadas, heridas, pero luego de un tiempo lo racionalizan y deciden poner manos a la obra para acompañar y ayudar a otras que han pasado por lo mismo. Este es un encomiable trabajo.

Yo misma, con este libro, intento sensibilizar a las pocas personas que se encuentran, o podrían llegar a hallarse en mí, en mi circunstancia y los asombros y las intimidaciones que ha causado esta obra, a mí y a mi familia. Sin embargo, es preciso aclarar ahora mismo que no pretendo generar ningún tipo de liderazgo ni conformar colectivos u organizaciones sobre los temas que aquí se exponen. Estoy a favor de la integración, no de la atomización de las necesidades, quejas, peticiones, reclamos y exigencias. Todos somos personas y hemos experimentado asombros, violencias, bravatas, estímulos, desgracias, verdaderos regalos de la vida, generosidades de todo tipo, y un sinnúmero de cosas. Ahora mismo, considero que aferrarnos a una causa muy específica y suponer que es la única o la más importante puede llevarnos a desdeñar las razones más profundas que denigran a la humanidad y la envilecen. Mi actitud ante los desafíos socio-políticos del mundo es sumar al bien, a lo justo, a lo bello, a la paz. Lo que resta a tales fines no me genera interés.

ORIENTACIONES

Todo suceso impresionante nos lleva a inquirir. Muchas de las respuestas obtenidas nos aquietan por un tiempo, porque creo que solo un puñado de preguntas tienen para mí un «Sí» o un «No» definitivo o prolongado en el tiempo. Como *Homo sapiens*, reflexionamos, interrogamos. Entonces, las interpelaciones que de manera inevitable tienden a cambiar serán contestadas a propósito, pero vendrán otras inquietudes que antes ni si siquiera imaginábamos y tras de ellas aparecerán respuestas, de nuevo, prolongables hasta que surja otro interés o satisfagan por un buen tiempo lo que antes urgía conocer.

Preguntarse es indispensable para vivir, aunque no todo tenga contestación o la réplica no sea vigente para siempre. Del mismo modo, considero que hay interrogantes tan enigmáticas que el atrevimiento de dar un «sí» o un «no» puede ser engreimiento. Ante el saber, lo mejor es permanecer humildes y aprender hasta donde se pueda. Lo que ignoramos es demasiado y conformarnos tal vez con algo que aquietta nuestra curiosidad por un lapso es una manera sana de vivir.

Y sí, para pensar con profundidad, para filosofar, deben ocurrirnos eventos luminosos u otros eneguedores, fatídicos. Las grandes conmociones ameritan, exigen, un procesamiento anímico y racional que puede atenderse de inmediato o soslayarse. De hecho, es tan importante abordar estas cuestiones en la mente que la inquisitiva presión de la conciencia ante la dilatación prolongada puede ocasionar una actitud o reacción descortés, poco humilde y fuera de lugar. Puede ser el origen de un gran mal, de un acto inhumano que, a lo mejor, repite aquel patrón que rechazamos como episodio inicial.

Soy una estudiosa del lenguaje, especialmente del literario. Con esta preferencia, pretendo meditar, sobre todo a partir de un entorno espaciotemporal que me relaciona con el máximo poder político de manera fortuita. Sí, tiene que ver con mi condición de mujer, pero intento ir más allá: antes que nada, soy una persona y pertenezco al género humano. Simone de Beauvoir

«siempre se negó a aceptar lo “femenino como esencia”, lo que le valió duras críticas de autoras feministas». ⁶ Para ella, lo diferente de lo humano es una invención.

Bienvenidos a esta reflexión que, a propósito de un tema de nuestro tiempo, el yo, el nosotros, el aquí y el ahora, sigue la raíz, a su vez, de una miscelánea de ideas circundantes.

Mis cavilaciones están forjadas en la línea del tiempo por mi entorno familiar (del pasado y del presente), mi formación escolar, mis lecturas, mis empleos y actividades, mis viajes (a lugares y a fantasías) y mis experiencias en la militancia política de modo contiguo, aunque con pleno convencimiento y con el circunspecto sortilegio de haberme hallado en esa peripecia de muchos años.

Los lectores y las lectoras notarán una clara tendencia humanista (esta es una más de mis otras militancias) en los que me apoyo en los antiguos y siempre sorprendentes grecolatinos, hasta referencias de autores contemporáneos, pasando por el Medievo, el Renacimiento, el Barroco, el Neoclasicismo, el Romanticismo y lo que siguió.

Reconozco como central una orientación lingüística, sobre todo interpretativa y de actualización, y una admitida influencia de la fenomenología, la hermenéutica, la retórica y en general de todas las corrientes filosófico-discursivas con las que estoy en sintonía. No sobran pinceladas teológicas, porque las veredas literarias por las que he transitado a causa de mi profesión me han llevado al tema de Dios: si hay Dios, qué es Dios, cuáles son los caminos para comprender a Dios, cómo es Dios... Por ejemplo, para percibir de la mejor manera posible los textos del Barroco es casi una obligación tener nociones mínimas de teología.

También he querido revitalizar los dichos, los proverbios, el famoso «dicen que» (del antiguo *dizque*), porque son expresiones lingüísticas que nacieron para resumir en pocas palabras enciclopedias completas sobre ética, ciencia empírica, lógica, tradición y forman parte de la sabiduría popular. La mayoría de estas máximas pervive porque se ajusta al hoy; los sabios y buenos consejos son parte del sentido común. Cuando ha sido posible, he tratado de localizar quién o cuándo se expresó.

No falta la poesía porque es parte de mi vida desde la infancia.

Por último, las veredas profesionales en las que corro me han acostumbrado a apoyarme en otros autores y a otorgar sus respectivos créditos. El plagio es un delito y un vicio. Si la idea no es original, no es mía, ¿por qué habría de tomar prestadas reflexiones ajenas sin referenciar? Incluso puede ser que los autores las hayan explicado de alguna forma (un solo tema, por ejemplo, «lo santo», abordado por Rudolf Otto) y yo tome o haya recuperado como aprendizaje algo distinto. De hecho, ya nada recuerdo sobre el contenido de ese ensayo publicado en 1917, pero el tema de lo santo, la santidad y lo sacro sigue siendo de mi profundo interés.

Admito que soy esquemática (virtud y defecto al mismo tiempo) y fundamento lo más que puedo a través del lenguaje. Soy heurística y hermenéutica. Agradezco, por tanto, la paciencia de quienes quieren comprender la propuesta que realizo y se topan con otros personajes, ciertos tópicos o planteamientos que van aderezados —cuando lo he considerado pertinente— con digresiones de mi autoría o viceversa. Es un hecho que ningún autor aquí citado ha sido elegido de manera aleatoria, menos aun cuando he tomado palabras prestadas de personas públicas, teóricos, estudiosos o escritores que admiro, a quienes he seguido la pista porque me han ayudado a responder, siquiera por un tiempo, inquietudes de las muchas que he tenido a lo largo de mi vida, y las que todavía tengo y tendré.

El diálogo tiene como característica que comienza un día y termina, como propuso Mijaíl Bajtín, con la muerte. Nunca está dicha la última palabra. El origen de su propuesta dialógica fue hallado en los *Diálogos socráticos*, de Platón, y así lo explica:

El método dialógico de la búsqueda de la verdad se opone a un monologismo *oficial* que pretende poseer una verdad ya hecha; se opone también a la ingenua seguridad de los hombres que creen saber algo, es decir, que creen poseer algunas verdades. La verdad no nace ni se encuentra en la cabeza de un solo hombre, sino que se origina entre los hombres que la buscan conjuntamente.⁷

En este prólogo, reconozco que Bajtín es quien, hasta ahora, mejor me ha respondido muchas de las interrogantes sobre el pensamiento, el lenguaje, la singularidad en la pluralidad, la pluralidad en lo singular, y también quien más curiosidades me genera. Es el filósofo de la otredad, según lo llaman. Todavía en 2006 Wayne C. Booth se sorprendía de haber conocido tan tardíamente el legado del filósofo ruso y cómo mientras en Occidente se complicaban tratando de explicar las relaciones entre «ideología» y «forma», Bajtín ya había superado este tema y solo repasaba y reescribía «sus miles de páginas asombrosamente variadas pero impresionantemente armoniosas».⁸

Bajtín es un filósofo no valorado a cabalidad en parte por el entorno en el que le tocó vivir: el estalinismo más duro, en donde cualquier propuesta no ajustada al pensamiento oficial era considerada una severa disidencia. Esto lo llevó a ser proscrito y desterrado. Por ello, la mayoría de su obra consiste en apuntes, y aún hay mucho que entresacar de su archivo personal. Algunos títulos han sido publicados al castellano. Si entre los lectores hay quienes quieran conocer cómo es posible que, ante el más infame de los ácratas, el ser humano que piensa y habla no puede callar, en Bajtín encontrarán al filósofo de la diversidad, de la pluralidad; en sus propios términos, del dialogismo y la polifonía.

Los lectores hallarán en este volumen experiencias, dudas, interrogantes, episodios, aprendizajes, decisiones, palabras sabias dichas por otros y una cauda de meditaciones sobre el ser en el mundo, *aquí y ahora*. En un tiempo corto, seré otra en el mundo, inmersa en distintos *aquí y ahora*, a quienes les he puesto unas sillas para recibirlos con ánimo y no sin cierta circunspección para escuchar de ellos qué sobrevendrá, más allá de lo que está en mis manos prever y zanjar. Espero, como cualquier ser humano, hallarme bien cuales sean las circunstancias futuras y procuraré-melas favorables en la proporción que me corresponde. Si no es pronto, mientras llega la paz, deberé resistir, estar a la mira, reservar mis palabras si no es preciso externarlas; tratar de comprender quién *seré* para entonces y quiénes *seremos*, porque hay *espacio y tiempo* y estos dos últimos cambian sin parar, y así.

En el presente (hoy), aspiro a continuar obrando conforme a mi conciencia. Me despido de estas andanzas políticas con el deber cumplido para con mi México amado, y con una conmovedora gratitud a todos los mexicanos por todo lo que he recibido (desde lo mejor hasta lo peor), pues todo es enseñanza.

De cara hacia el futuro, cuando este meteoro haya pasado, ojalá pueda mirar atrás y sentirme de igual modo: en paz conmigo, con Dios y con mi prójimo.

BEATRIZ GUTIÉRREZ MÜLLER

Ciudad de México, mayo de 2023-febrero de 2024

I

INDIVIDUO, PENSAMIENTO, LENGUAJE Y SOCIEDAD

QUÉ SOMOS

Si analizamos a un individuo desde la óptica biológica, descubrimos que es un ser unitario e indivisible que ocupa un lugar en el espacio y en el tiempo. Ya he dicho que acudir a los clásicos es un buen comienzo, y fueron los griegos quienes consideraron al individuo una entidad *sui generis*. José Luis Romero, al comprender que así se consideraba al individuo, lo colocaba «equidistante del plano divino y del plano de la Naturaleza».¹ Lo divino es perfecto; lo humano, imperfecto. Con este antecedente, Heracles aconsejará a Eurípides: «Siendo mortales debemos tener pensamientos mortales». En *Medea*, Eurípides —razona Enrique Herreras—:

Al igual que los sofistas de su generación, nos deja en un callejón de pocas salidas, incluso en un cierto inmoralismo [...] Puede parecer que en sus obras no observemos ni un enjuiciamiento de las conductas de sus personajes ni de orden religioso (Esquilo, Sófocles), ni social, como propondría la primera sofística. Pero sí hay un enjuiciamiento, el que parte del interior de sus héroes, ya que en algún momento llegan a sentirse responsables de sus acciones.²

La idea de individuo también es antigua. Platón lo llamó «hombre»; para Aristóteles —a quien suelo recurrir a menudo para explicaciones eruditas sobre temas universales—, el hombre es una mezcla de materia y forma.

Tenemos un cuerpo irreplicable y finito (aunque su genética tenga alta similitud con alguien de nuestra familia biológica).

En *Acerca del alma*, Aristóteles nos había recordado que somos tan animales como la vaca o la serpiente, con idénticas necesidades: nutritivas, sexuales, reproductivas. Al igual que los elefantes o los cangrejos, tenemos la capacidad de percibir; se nos antojan cosas; sentimos placer, cansancio y dolor, y queremos o sentimos la necesidad de movernos. En ese mismo libro, enseguida, nos distingue del resto de la fauna por nuestra capacidad racional. Desde luego, como en el caso de Dios, el argumento puede desarrollarse si los individuos aceptan de entrada que el ser humano es pensante; de otro modo, puede quedar también en calidad de respuesta especulativa, de mito, de suposición.

Concediendo que el hombre es un animal racional (pensante, pues), tiene la capacidad de hablar y es político (sigo con Aristóteles), porque esa naturaleza siempre lo llevará a asociarse con otros como él y a involucrarse en la «cosa pública» de manera automática. Desde luego, hoy se reconoce que también los gatos, los perros y otros animales tienen la capacidad de expresar de alguna forma que algo les duele o que temen alguna acechanza.

El pensador griego sí especificó que ese ser racional y social que somos tiene la capacidad de comunicar, por ejemplo, sobre lo justo y lo injusto; lo bello y lo feo; lo bueno y lo malo, y una serie de binomios. Somos pensamiento y lenguaje. De este par derivan nuestros actos, de los cuales también somos responsables, según Aristóteles.

Comparto esta síntesis de Julián Marrades sobre el planteamiento aristotélico: «Solo podemos explicar que el cuerpo llegue a vivir y esté vivo si lo concebimos como dotado en sí mismo de la potencia de vivir, y no como materia inerte».³ Es decir, así lo entiendo, vivir es ese movimiento necesario que requieren los individuos y que los hace únicos. Por ello, «lo básico no son dos entidades separadas —un cuerpo inerte y un alma trascendente a él—, sino un uno internamente diferenciado: el cuerpo vivo».⁴

Séneca (los autores clásicos ¡por algo lo son!) creyó que un individuo es aquel que no se divide; entonces, un individuo puede ser desde un árbol hasta una persona. Pero es posible cortar maderos de aquel pino y, a una persona, amputársele las piernas. La diferencia que salta a la vista es que el madero no morirá, crecerá; y el individuo, extrayéndole otros órganos que se fragmentan, no. Sin corazón, la muerte es instantánea.

Para los medievalistas, que fueron discípulos de primera línea de la escolástica, permeó el *principio de individuación* tomado de Aristóteles, pero cristianizado. El más famoso —y por mucho— de los teólogos escolásticos fue Santo Tomás de Aquino, quien emprendió la enorme tarea de realizar una *Suma de Teología*, colección que sigue consultándose hoy porque también da respuesta a problemas fundamentales.

El método escolástico consiste en presentar cuestiones sobre el tema a tratar, las cuales se dividen en artículos que darían respuesta a ciertas preguntas. Entonces, primero hay que formular la pregunta (*quaestio*); enseguida, se han de mostrar los argumentos en contra (*objectio*); después, el tesista decidirá si acepta o rechaza las objeciones basándose en lo que antes haya declarado una autoridad teológica (*sed contra*); vendrá el desarrollo de la respuesta a la pregunta (*responsio*), y al fin se contestarán una a una las objeciones (*solutio*).

Contrario a lo que se cree, los filósofos medievales eran inteligentísimos y no tenían nada de oscurantistas, como se les ha hecho fama. Una vez que un lector de hoy comprende el modelo lógico que siguen Tomás y los escolásticos, descubre un campo infinito de saber sobre los temas del Dios cristiano. A pesar de las escisiones en el cristianismo, con luteranos, anglicanos, metodistas, presbiterianos y otros en el siglo XVI, este libro continúa siendo un método útil para los cristianos reformados, pues parte de la *quaestio*. La respuesta dependerá de la pregunta. La dialéctica aristotélico-tomista tiene muchas semejanzas con el método dialéctico-marxista.

En esta *Suma*, Tomás define que «la materia es el principio de individuación»,⁵ para explicar que Dios es inmaterial y, por

tanto, no puede atribuírsele el nombre «persona». Y así justificó a San Atanasio, quien había explicado que Dios es tres personas en una: Padre, Hijo y Espíritu Santo: «Es conveniente que a Dios se le dé el nombre de persona. Sin embargo, no en el mismo sentido con que se da a las criaturas, sino de un modo más sublime; así como los otros nombres que damos a Dios, como ya dijimos anteriormente al tratar sobre los nombres de Dios».⁶

Menuda y confusa disquisición, ¿verdad? Como sea, Tomás es consciente de que se debe creer en Dios para poder continuar, independientemente de si Dios es una persona o no.

Quiero seguir conduciendo al lector para demostrarle que debe entenderse a sí mismo como un individuo, o al menos comprometerse a pensarlo. No hay uno como otro. Quizá, cuando sepamos, ¡si es que lo llegamos a saber!, que hay vida después de la muerte en un sentido racional o científico, no axiológico o doctrinal, se podría confirmar que las personas son irrepetibles. Cada uno tiene una huella digital. Por ejemplo, el ácido desoxirribonucleico, conocido como ADN, es una molécula que nos permite conocer cómo se unen todos nuestros nucleosomas, heredados por nuestros padres biológicos. Cada cual posee un material genético distinto a otro, incluso entre gemelos univitelinos de padre y madre. Los genes son cada una de las secuencias específicas del ADN que tenemos todas las personas, pero también los encadenamientos están presentes en granos, semillas, animales y plantas.

El ADN, hasta donde he leído, nos lleva a reconocer que recibimos información de nuestro material genético precursor que puede influir en nuestra salud, nuestro comportamiento y nuestras aficiones, pero no las determina. De ser así, la libertad estaría condicionada a factores biológicos. Desde luego, respeto a quienes creen en la predestinación; sin embargo, después de décadas de estudio sobre el tema, no comparto la idea de que nuestra manera de actuar y dejar huella esté predeterminada.

El filósofo Miguel Moreno Muñoz, con base en los estudios de muchos investigadores como Irenäus Eibl-Eibesfeldt (*Biología del comportamiento humano. Manual de etología humana*, 1993),

considera que «el sustrato genético individual no tiene demasiadas competencias para interferir con las creencias, conocimientos y valores que orientan la conducta libre de un individuo». ⁷ Hay un neologismo que quiere desvelar ese mito: la «discriminación genética». Quienes la han usado (muchos forenses en el siglo XIX, por ejemplo) infieren que la información genómica de cada cual es la causa de su ignorancia, de su discapacidad, de su orientación sexual, de su pobreza. Nada más falso que esto. El fervor que hubo hasta hace no mucho por el tema de las razas (y, en consecuencia, del racismo) facultó a unos para erigirse como racialmente superiores. El *Homo sapiens* es una sola especie sin razas.

Coincido con Moreno Muñoz en que la genética, surgida en la biología,

ha sido la disciplina preferida para dar el barniz seudocientífico a planteamientos ideológicos, insolidarios y antisociales difícilmente digeribles en crudo. Algunos descubrimientos importantes en este terreno han servido de pretexto para amplificar el eco que dichos planteamientos, siempre presentes, no tienen en periodos de normalidad. ⁸

El «holocausto mexicano» que se hizo contra la etnia yaqui, entre finales del XIX y principios del XX, es uno de los mejores ejemplos de las consecuencias que acarrea la creencia en la *genética de la conducta*. Hay mucho que leer y averiguar sobre esto. En particular, considero que los individuos no estamos destinados a ser hombres o mujeres sufridos o felices; pobres, enfermizos, exitosos; traidores; con buenos dientes, alegres. Nuestra genética nos lega fisiología y fenotipos, es cierto; pero, que yo sepa, no dictamina nuestra actitud ante la vida. Esa la elabora cada individuo conforme a su ser y a su circunstancia.

En un ensayo de Simone Weil, publicado por primera vez en 1943 (año en que murió), la filósofa considera que, además, la libertad de expresión es propia de los seres humanos. Se supondría que los partidos políticos recogen ese tipo de libertad;

pero, al final, considera que «controla[n] la distribución del poder»⁹ (lo expresa en relación con su país, Francia, y con su régimen. Nunca leas sin indagar sobre el contexto en el que se vierten las expresiones).

Francisco Canals Vidal, en un ensayo de 1976 sobre la dignidad personal, quiso combatir la idea de que el antropocentrismo solo es praxis y no hay en ella modo de contemplación ni tiempo. Coincido.

Se puede continuar desbrozando el concepto que he repasado, pero no profundizaré más. Enlistaré epítetos para nombrar al individuo: «hombre [o mujer] concreto e individual», «persona», «substancia individual de naturaleza racional», «espíritu subsistente “en carne y hueso”». No nos desviemos tanto, así que reflexiona lo siguiente: todo eso que somos «es totalmente heterogéneo respecto de la nebulosa de la ilimitada y absoluta acción postulada por la metafísica de la primacía de la praxis».¹⁰

El ser humano, pues, es una materia física y una metafísica, que puede ser llamada espiritual, cultural, intelectual, cognitiva, lingüística, histórica, y un largo etcétera. Cada estudioso de una disciplina, durante el siglo xx y lo que va del xxi, incorporará esa esencia metafísica en su campo de estudio: el hombre, así como la mujer, es materia pensante; es materia lingüística, es materia racional. Son siempre interesantes las reuniones de especialistas que desde su formación definen temas, gustos, aficiones, orientaciones: pensemos en una joven llamada Estela, que está embarazada. El biólogo la verá como un ser vivo en proceso de gestación, es decir, se encuentra en estado de embarazo o gravidez; es mejor usar «en gestación», pues en su útero crece un feto. Lo que yo veo es una mujer embarazada que está en proceso de asumir una gran responsabilidad ética y estoy segura, segura como de que yo misma escribo esto, que cuando ocurra lo que la Organización Mundial de la Salud denomina técnicamente «alumbramiento», en efecto, Estela verá una luz jamás vista y su vida cambiará para siempre de un día al otro; también la de su hijo o hija. Ese ser que vivía en la oscuridad del vientre ha nacido y ha conocido la luz. Esto es hermoso.

¿PARA QUÉ VIVIR?

Un cuerpo detenido va sintiendo el frío poco a poco, cambia de posición, dobla las piernas, las estira, se gira sobre un costado, se levanta, se cambia de ropa, se vuelve a la cama; de nuevo el detenimiento, de nuevo el frío. Un cuerpo que no es precisamente todo paz, que no es solo carne y huesos sino sustancia alterada.

Un cuerpo que se comporta como un arbusto en pleno crecimiento y se afecta por la irrupción de los retoños; un cuerpo altamente despierto que no se contiene en sí mismo y se busca en las partes que lo conforman, en las conexiones que lo articulan, en el adentro que se configura de una serie de recuerdos entre los que domina una imagen que origina todo el movimiento.

«[Poema] V»,
GABRIELA CANTÚ WESTENDARP¹¹

El ser humano vive para algo. Su objetivo primario es satisfacer sus necesidades y las de sus dependientes —si es el caso—, quienes a su vez son otros individuos, que poco a poco se han agrupado de maneras distintas, como en el caso de las descendencias. El sentido común nos llevará a asumir de inmediato que los grandes deberán procurar a los pequeños y cubrir lo indispensable.

Pero ¿para qué vivir?, ¿solo para dormir, comer, realizar nuestras necesidades fisiológicas, crecer y procurar a nuestra progenie en las mismas? Es obvio que no.

Para mí, es fundamental que mi existencia no se consuma solo en dormir (o en protegerme del frío), sino en contribuir a

que llegue el bello día en que todos seamos amor. ¿Te fijaste? Del pensamiento se pasa a la acción lenta o rápidamente. La acción supone un acto de maduración. Desde niños aprendimos que correr con los pies mojados al salir de la alberca puede hacer que resbalemos y salgamos volando por encima del camastro. Aunque los niños tienen una cabeza que amortigua golpes de manera impresionante. Conforme se deja de ser niño, la materia que nos conforma se acerca a su corporeidad definitiva y pierde esas ventajas que nos permitían ser esos exploradores audaces que no advertían ningún peligro, que no pensaban en las consecuencias de sus actos. En la edad adulta y en la vejez también el cuerpo cambia: se deteriora. La acción puede seguir siendo intrépida, aunque ya más razonada y sin que falte la temeridad. Es bueno ser temerarios para vivir con menos miedos.

¿Para qué vivir? Esta es una de las mejores preguntas que se puede plantear un ser humano. La respuesta no se da de una vez y para siempre. No es así porque ese ser vivo que se mueve, que cambiará su fisonomía, que aprenderá a hablar, a comunicarse, a estar y ser con los demás y, por supuesto, a pensar, tendrá respuestas a ella dependiendo de la situación en que se encuentre. En algo coinciden los filósofos de manera general: vivo para esto cuando soy bebé, para aquello cuando soy niño, para esto otro cuando soy adulto... y cada adulto tiene una trayectoria personal puesto que es único.

¿Para qué vivo? Esta es, repito, una pregunta sustancial. Hace presuponer que se conoce el qué, por ejemplo, *qué es un individuo*. ¿Para qué estamos aquí? Tú, lector, lectora, ¿para qué estás aquí en este momento?, ¿cuál es el fin de tu existencia en un cuerpo o materia que se mueve, razona, tiene instintos, necesidades, y, por qué no, sueños, metas, planes, preocupaciones, obligaciones, ideales y fantasías? Una respuesta simple sería: somos individuos para tener todo lo anterior, porque eso es vivir. No obstante, para cada individuo, en la etapa en que se encuentre, el horizonte de miras es más o menos inmediato; las preocupaciones de antaño hoy no existen; las audacias de aquellos días infantiles se han convertido en pánicos mortales; la ponderación de esa persona

o forma de pensar ya no es de tu interés; hoy te cautivan los paisajes, antes no los mirabas. Por ejemplo, quizá ahora suspendas la lectura para indagar qué respuesta darías porque la autora de este libro te ha sugerido que lo hagas, y tal vez no es mala idea indagar sobre ello. Yo misma, en la lista de libros que he planeado o soñado escribir (muchos están terminados; son pacientes, supongo, pues no me presionan para ir a la estampa, no me imaginé escribir en 2024 sobre el tema que nos ocupa. Los «temas de género» no son mi especialidad como investigadora.

Acerca del sentido de la vida, hay quienes con mejores conocimientos, argumentos y gran dedicación han hablado de ello. No es simplemente vivir, sino para qué vivir... ¿Qué sentido tiene que yo escriba este libro?, ¿qué sentido tiene que tú lo leas? Ese es el punto que se plantearon muchos intelectuales desde finales del siglo XIX, porque esta sustanciosa pregunta ha acompañado a la humanidad desde el principio de los tiempos. Recuerdo cómo mi etapa universitaria causó furor en mí y en un grupo de amigos ñoños que le daba vueltas a la pregunta sobre el sentido del ser... ¡Madre mía! El sentido, el sentido de la vida. Qué pregunta, qué pregunta...

Yo puedo realizar una actividad durante muchos años (un trabajo, un voluntariado), pero ¿para qué? Ahí está el sentido. Si no tengo claro hacia dónde dirijo mis esfuerzos y cómo tengo que sobrellevar mis desaciertos, mis inseguridades, mis habilidades, mi temperamento, todo lo que depende de mí más todo lo externo, lo que no depende de mí... ¿para qué lo hago? Saber o intentar al menos conocer qué sentido tiene mi ser en este tiempo y lugar es pieza clave para todo: con al menos la mínima orientación, estoy en condiciones de conducir alguna parte de mis pensamientos, el esfuerzo diario, las rutinas. Si no sé para qué realizo incluso con alguna mecanicidad o monotonía tales acciones, ¿qué sentido tiene vivir?

Como universitaria, recuerdo cómo me impactó *Del sentimiento trágico de la vida*, de Miguel de Unamuno. He vuelto a él. Me sorprende otra vez con su propuesta. He podido constatar que ya es de dominio público y se puede conseguir en internet

sin gastar. Lo recomiendo mucho. Para Unamuno, el hombre (o la mujer) constituyen un principio de unidad y de continuidad: porque somos un cuerpo solo y porque actuamos y tenemos propósitos. Ambos, unidad y continuidad, están sujetos a la vez al principio de continuidad en el tiempo.

Sin entrar a discutir —discusión ociosa— si soy o no el que era hace veinte años, es indiscutible, me parece, el hecho de que el que soy hoy proviene, por serie continua de estados de conciencia, del que era en mi cuerpo hace veinte años. La memoria es la base de la personalidad individual, así como la tradición lo es de la personalidad colectiva de un pueblo.¹²

SOY Y SOMOS

Michel Foucault, en *La hermenéutica del sujeto* (1982), acuñó un término que se ha convertido en un clásico: «Ocuparse de sí», que a su vez, como casi en toda corriente filosófica, se origina en el mundo grecolatino. *Nosce te ipsum* (que traducido del latín e interpretado en su sentido completo es «Conócete a ti mismo y conocerás el universo y a los dioses») es un aforismo que, según se cuenta, estaba inscrito en la entrada del templo de Apolo, en Delfos. Fue difundido por Sócrates, el personaje principal de las obras de Platón.

Silvana P. Vignale interpreta que, para Foucault, la inquietud por uno mismo es una «actitud general, una manera determinada de atención, de mirada sobre lo que se piensa y lo que sucede en el pensamiento».¹³ En consecuencia, ese ser que piensa lleva a cabo acciones «sobre sí, mediante las cuales se hace cargo de sí mismo, se modifica, se purifica, se transforma y transfigura. En síntesis, es una actitud con respecto de sí mismo, con respecto a los otros, y con respecto al mundo».¹⁴

Parece que todo lo ha disertado Aristóteles (discúlpame por apoyarme tanto en él, pero su mérito tiene). Parto de una frase suya que ha tenido enorme repercusión en el mundo occidental:

«El hombre es un ser social por naturaleza». Está tan difundido el principio que diversos ni siquiera lo atribuyen al filósofo griego. En este tema hay muchos expertos desde el surgimiento de la sociología, la diversificación del derecho, la política, los estudios antropológicos y lingüísticos, y demás disciplinas que han abordado cómo es que somos individuos sociales. Paulo Freire, en la misma tesitura, expresa:

Esta conciencia de uno mismo y del mundo no es el resultado de una elección puramente privada, sino de un proceso histórico, a través del cual las sociedades-objeto —algo más rápidamente que las demás, debido a las transformaciones estructurales que experimentan— se reflejan sobre sí mismas y perciben su dependencia.¹⁵

Pues bien, por ahí continuamos. Los individuos únicos e irrepetibles no podemos ser sin el prójimo. Somos sujetos de colectividad de manera voluntaria o involuntaria, por el azar, por la época en que nos toca vivir, por la familia en la que nacemos, por el sexo que nos ha predeterminado o por el sexo hacia el que nos sentimos orientados, en fin, la lista puede alargarse. Sucede que ese infinito proceso de individuación, en donde se reafirma qué somos, qué pensamos (aunque cambiemos de parecer con el tiempo), qué realizamos, va a la par de nuestra inserción social; lo anterior no equivale a decir: primero debo reafirmar mi individualidad, y ya bien precisada, socializar. No. Soy y somos al mismo tiempo.

La gran hora del parto, la más rotunda hora:
estallan los relojes sintiendo tu alarido...

«Hijo de la luz y de la sombra»,
MIGUEL HERNÁNDEZ¹⁶

La relación con la madre es esencial porque es el primer ser con el que nos vinculamos. Incluso madre e hijo están conectados desde antes mediante el cordón umbilical. La madre también

inicia con el recién nacido una relación social que se caracteriza por su dedicación absoluta al amparo y satisfacción de las necesidades elementales de la criatura. Todas las lectoras madres que van siguiendo este libro lo saben de sobra. Pero no está de más ponderar que este es el origen de nuestra primera socialización. Después aparecerá el padre o progenitor, los familiares, los visitantes, y un sinfín de personas.

La criatura ha iniciado ya un largo proceso de dependencia, porque el bebé humano es de las criaturas más lentas en aprender. Repasemos esto: en promedio, les toma dos meses levantar la cabeza; 180 días sentarse; luego viene gatear y, con suerte, de los 12 a 13 meses de nacido, ¡caminar! Para este momento el peligro nos carcome. En todo vemos un siniestro potencial: la grapa que se cayó del escritorio y que tenía quién sabe cuánto tiempo adherida al piso ahora es visible en proporción gigantesca; las tijeras y lápices del buró son armas; las esquinas de los muebles y las escaleras son dagas... ¡todo es inseguro! Y para las que tienen niños, que luego se convierten en adolescentes, y más tarde en adultos, todas sabemos que la responsabilidad no termina jamás; sea un hijo, cinco o siete.

Las aves nidifugas, como los patos, por el contrario, casi están aptas para volar el día que salen del cascarón. Una cría de tortuga instintivamente avanza hacia el agua o el mar, incluso sin el acompañamiento de su madre. ¿Cuál es la respuesta científica? La tardanza está relacionada con el proceso de maduración cerebral.

Arriba recordé que lo que nos diferencia de los otros integrantes del reino animal es que los seres humanos somos capaces de hablar y de pensar, idea —repito— nada novedosa en este siglo XXI. La formación de neuronas en los primeros años de nuestra vida tiene un impacto duradero. Sin embargo, desde hace unos cincuenta años se ha demostrado la neurogénesis de los mamíferos, incluidos nosotros: en la vida adulta es posible la formación de nuevas neuronas. Me declaro neófito en estas disciplinas. Me sorprende cómo es posible que el desarrollo de la ciencia siga desvelando lo que ignoramos, y acepto la propuesta de aprender más sobre ello. Para este libro he leído lo mínimo al respec-

to, y seguramente alguien muy preparado explicaría con satisfacción esto que solo miro por encima, pero que contribuye a la explicación de lo que quiero compartir. Por ejemplo, Gerardo Ramírez Rodríguez, Gloria Benítez King y Gerd Kempermann exponen que incluso «la actividad física, el ambiente enriquecido y la interacción social» pueden modular para bien el proceso de la neurogénesis o, por el contrario, la depresión o las enfermedades neurodegenerativas pueden retrasarlo.¹⁷

SOMOS LO QUE PENSAMOS

La socialización comienza en la familia. El hijo crece y no madura de un día para otro. Este proceso ha sido también estudiado durante siglos y siempre resulta interesante repararlo porque los adultos pasamos por él y las nuevas generaciones de lactantes o niños de hoy lo están viviendo. Lev Vygotsky, un importante teórico de la psicología del desarrollo, autor de *Pensamiento y lenguaje* (1934), profundizó en ello y aquí solo hago un recordatorio de lo que muchos saben: los niños no aprenden en la escuela, sino que llegan a ella con conocimientos adquiridos previamente en la casa. El desarrollo del pensamiento está vinculado al del lenguaje. Dar significado a una palabra involucra a ambos, porque una palabra sin significado no nos dice nada. Un ejemplo de ello son los regionalismos: en el norte de México, a los jóvenes se les llama «morros», «morrás»; en el centro, «vato», «chavos», «chavitos», «muchacho», «chamaco»; en el sur, sureste, «checho», «pipiolo» si es más niño, «escuincle» o «mocosos».

También los sinónimos, que son otra forma de significar a una palabra, cambian a causa del tiempo o por localizaciones distintas en forma de modismos; esto es, un grupo se identifica por su lenguaje, compartiendo significantes y significados que todos entienden. No deja de maravillarme cuán viva está la lengua. El significado de una palabra cambia con el tiempo. El clásico *Curso de lingüística general*, de Ferdinand de Saussure, lo ha expuesto con claridad (para mí, hasta hoy). Incluso Émile Benveniste se

pregunta sobre los sonidos de la lengua dada¹⁸ (para él, el francés) y ofrece ejemplos que adapto a la castellana. En el español que se habla en México no es lo mismo *moro* que *morro*. La palabra *moro* es un despectivo hacia los musulmanes; *morro* es un chavito en Sinaloa. Por algo afirma: «Todo hombre inventa su lengua y la inventa toda la vida. Y todos los hombres inventan su propia lengua en el instante y cada quien, de manera distintiva, y cada vez de modo nuevo». ¹⁹ Muy de acuerdo. Por ello siempre habrá modismos y neologismos. «Una lengua es primero que nada un consenso colectivo», resume Benveniste.

Por ejemplo, cuando escuchamos la palabra *ladrillo* suponemos que se hace referencia a un bloque de arcilla, elaborado de manera rectangular, de unos treinta centímetros y con un alto de unos diez centímetros. La mejor parte de esta batalla por la significación consensuada es que no faltará quien (disentir es indispensable en la vida) alegue que un ladrillo no es de tierra, sino de cemento con piedra o solo de cemento y cal, y aunque puede ser rectangular, no es tan alto (cinco centímetros, explica el otro). Estas discusiones por el significado de la palabra pueden derivar en digresiones infinitas que a su vez pueden resultar simpáticas y deshiladas, pero que, si se trataba de verdad de significar algo como un problema a resolver, terminan ofreciendo nada.

Nuestro mundo está lleno de mesas redondas en donde, en el mejor de los casos, los ponentes disertan sobre un significado; en el peor, dan por hecho que todos entendemos lo mismo cada vez que dicen *esa* palabra y su análisis sobre el acontecimiento que implicó el uso o definición del término ya se ha desviado y se encuentra «amasado» de una manera incorrecta. Una discusión puede derivar en un galimatías que nos alejó de la definición consensuada que queríamos alcanzar o algo peor: la mera discusión en sí misma de qué significa esa palabra extraña que ahora usan y cuya referencia queremos conocer no ha nacido de la curiosidad del grupo, sino de una presión exterior ejercida sobre quienes discuten, aquí o en cualquier parte, porque sin advertirlo nosotros ya estábamos hablando de los temas que llegaron de fuera. Veámoslo así: esos «distractores» lingüísticos (porque no

estábamos hablando de ese tema) se gestaron en un universo fuera de nosotros y nos han hecho sentir que es necesario que se incuben en nosotros. El propósito de ese «distractor» lingüístico no es otro que *dejar de lado la idea de definir*, porque, desde un punto de vista lógico, se necesita definir para poder actuar. Y entre más se tarden discutiendo en ese grupo sobre qué es qué, el universo ajeno nos tendrá paralizados. Cabe plantearse una pregunta: de tu lista de temas, ¿cuáles son propuestos por ti y los buscas y cuáles llegan desde el exterior y hasta de una forma forzada? Nunca falta quien quiera poner la palabrita de moda y ofrecer ahí mismo el significado y la solución. Yo no dejo de observar este fenómeno en la política. Las relaciones políticas están llenas de persuasión, de demostración y de definición (muchas veces, definición falaz).

La pandemia por COVID-19 nos heredó un cartapacio de palabras no escuchadas antes, o acaso recordadas, sobre las cuales la mayoría de nosotros nos apresuramos a conocer. No había otro tema en 2020-2021. De ese *sobre* salieron las siguientes: *cubre-bocas* (como se le llamó en México) y sinónimos que escuché en otros lugares: *máscara*, *mascarilla*, *barbijo*, *nasobuco*, etc., hasta tecnicismos que ya no hacía falta explicar, pues todos nos íbamos haciendo del habla pandémica: «prueba PCR», «prueba de antígenos», «prueba COVID», «cuarentena» de tres días, de siete días (siempre me llamó la atención, porque cuarentena equivale a cuarenta días), y otros, incluso propios de un sistema fascista: «no» para todo; es decir, «no hables», «no escupas», «no toques», «no contagies», «no salgas», «no sudes»... bajo el argumento de que las autoridades sanitarias que sí saben nos persuaden de que el coronavirus se aproxima a nosotros por todos los caminos que hay y, por tanto, debemos repelerlo; si ya te contagiaste, abstente del prójimo. También fueron comunes «confinamiento», «aislamiento», «sana distancia», «distancia», «distanciamiento», «hacer fila», ¡jamás terminaría el acopio lingüístico!

¿Aplica lo anterior a lo que hace unos ochenta años escribió Simone Weil? En parte sí. Ella prefirió emplear «persona» para referirse al individuo y a la expansión social de cada uno como

«colectividad». A partir de las circunstancias de su vida (Segunda Guerra Mundial, Francia), se deduce y se justifica que llegara a la conclusión de que lo colectivo debe anteponerse a lo personal:

There is nothing scandalous in the subordination of the person to the collectivity; it is a mechanical fact of the same order as the inferiority of a gram to a kilogram on the scales. The person is in fact always subordinate to the collectivity, even in its so-called free expression.²⁰

[No hay nada de escandaloso en la subordinación de la persona a la colectividad; es un hecho mecánico del mismo orden que la inferioridad de un gramo respecto de un kilogramo en la balanza. De hecho, la persona siempre está subordinada a la colectividad, incluso a su llamada libre expresión].

Ella misma acuñó un término que me resulta imprescindible: «El justo balance» (*The just balance*); es decir, cómo un sujeto social cumple tanto sus necesidades propias como las del mundo en el que está inmerso, pero que no siempre tiene el «poder de rechazar» o de negarse a algo. Peter Winch, en un ensayo sobre tópicos que Weil estudió con mucho sentido de conciencia social, resume esta relación interdependiente:

When we recognize another's power to refuse we recognize certain necessities to be observed in our dealings with the other. This may mean simply that we recognize that we shall get into trouble, shall no be able to realize our wishes and projects, if we do not acknowledge the other's power to refuse, in so far as the other is in a position to enforce his or her own wishes.²¹

[Cuando reconocemos el poder del otro para rechazar algo, reconocemos ciertas necesidades que debemos observar en el trato con el otro. Esto puede significar nada más que reconocemos que nos meteremos en problemas; que no seremos capaces de realizar nuestros deseos y proyectos si no reconocemos el poder del otro para

rechazar, en la medida en que el otro también está en condiciones de cumplir sus propios deseos].

Weil escribió muchos de sus ensayos en plena guerra mundial. Si interpretamos lo anterior en función de su posible perspectiva, lo expuesto tiene más sentido aún. Por ello, repito y repetiré la relevancia que tiene analizar lo dicho o lo escrito a partir del tiempo y la circunstancia en que se enuncia. El deseo de otros era ganar una guerra... ¿qué hace un ciudadano común cuando no tiene el «poder de rechazar», esto es, de impedir un conflicto bélico?

La filósofa francesa falleció a los 34 años, por tuberculosis, en 1943, durante esa guerra. Fue una admiradora de la práctica de la no violencia de Gandhi. Observo que una mayoría de intelectuales destacados que sobrevivieron a esos años aciagos ponderarán esto que Weil llama «sacralidad» en las personas. ¿Qué está detrás de un conflicto bélico? ¿Por qué se atenta contra la vida que es sagrada? ¿Por qué tanto daño, muerte, pérdidas en todo orden? ¿Por qué el holocausto? ¿Dios se fue de la humanidad? ¿Qué respuestas podían darse todos aquellos que sufrieron, murieron, emigraron, enfermaron, fallecieron por epidemias y hambre, perdieron a toda su familia, resistieron en los campos de concentración? Si no hay Dios, ¿qué explicaciones racionales habría para millones de anónimos ante tal desazón?

Friedrich Nietzsche, mucho antes que los filósofos de la posguerra, declaró la célebre frase «Dios ha muerto» y que completa va así:

Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo podríamos reconfortarnos, los asesinos de todos los asesinos? El más santo y el más poderoso que el mundo ha poseído se ha desangrado bajo nuestros cuchillos: ¿quién limpiará esta sangre de nosotros? ¿Qué agua nos limpiará? ¿Qué rito expiatorio, qué juegos sagrados deberíamos inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿Debemos aparecer dignos de ella?²²

En *La persona y lo sagrado*, Weil da a entender que donde hay «un error de vocabulario» no hay más que pensar, es decir, hay «un grave error de pensamiento». El ejemplo que usa es este: «No me interesas». Cuando alguien se lo espeta a otro, está cometiendo un acto de crueldad y lesiona la justicia.²³ ¿En verdad esa expresión tan nimia, quizá enunciada sin mucho discurrir, puede llevarnos a concluir que subyace un grave error de pensamiento? En mi opinión, basada en los estudios del lenguaje, sí. Somos lo que hablamos.

Aquellas palabras que intercambiamos con otros, ya sean frases de cortesía, enunciados bien articulados o ideas desarrolladas y largamente expuestas, son la evidencia de que lenguaje y pensamiento van unidos y de ninguna manera corren aparte de la persona ni de su corporeidad; asimismo, pertenecen a una época, al tiempo que nos toca vivir. Como cuando un bebé comienza a hablar: sus palabras importantes estarán vinculadas a sus necesidades elementales. Conforme crezcan su cerebro y sus neuronas y comience a elaborar sus propios pareceres, aun faltándole un glosario, empleando manos, expresiones y otros elementos no lingüísticos, pero que comunican, externará una postura. Por ello, Weil insistirá en que en el hombre está el hablar y actuar en función del bien y lo que le rodea, porque en la persona hay sacralidad:

Hay, desde la primera infancia hasta la tumba, en el fondo del corazón de todo ser humano, algo que, a pesar de toda la experiencia de los crímenes cometidos, sufridos y observados, espera invenciblemente que se le haga el bien y no el mal. Esto es lo sagrado en todo ser humano antes que ninguna otra cosa. El bien es la única fuente de lo sagrado. No hay nada sagrado que no sea el bien y lo relacionado con el bien.²⁴

En los *Diálogos socráticos* se halla una idea muy parecida. Sócrates cavila con Critón:

SÓCRATES.— Tampoco debe cometerse injusticia con los que nos las hacen, aunque ese pueblo crea que esto es lícito, puesto que tú convienes en que en manera alguna debe tal cosa hacerse.

CRITÓN.— Eso me parece.

SÓCRATES.— ¿Es lícito o no lo es hacer mal a una persona?

CRITÓN.— No lo es.

SÓCRATES.— ¿Es justo, como el vulgo lo cree, volver mal por mal o es injusto?

CRITÓN.— Es muy injusto.

SÓCRATES.— ¿Es cierto que entre hacer el mal no hay diferencia alguna?

CRITÓN.— Lo confieso.

SÓCRATES.— Luego, nunca debe cometerse injusticia ni volver mal por mal [...]. Ahora bien: es imposible que los que no son de iguales opiniones puedan llevarse bien; porque al despreciar cada uno las opiniones del otro, suele también despreciar al que las profesa.²⁵

En páginas posteriores retomaré esta profunda afirmación: «porque al despreciar cada uno las opiniones del otro, suele también despreciar al que las profesa».

Para Weil, en lo impersonal del hombre está lo sagrado. Un individuo puede estar gritando a manera de protesta personal, pero esos insultos, esas altas voces y los lamentos enconados «carecen de importancia» porque no vulneran lo sagrado. «Aquello que es sagrado en la ciencia es la verdad. Aquello que es sagrado en el arte es la belleza. La verdad y la belleza son impersonales».²⁶ El hombre (y la mujer) son sacros en cuanto impersonales y, para la filósofa, el camino es la perfección.

A su vez, ella vincula —de la manera que me habría gustado decirlo— al individuo y lo social con el lenguaje:

Without language, one would never be able to relate what one sees to what one does not see or to what one has seen. Language is a bridge crossing over the moments of time. The past, without language, wouldn't only exist as a vague feeling which could not help us to know anything. Likewise, the future only exists thanks to language.²⁷

[Sin el lenguaje, no podríamos relacionar lo que vemos con lo que no vemos o algo que ha sido visto. El lenguaje es un puente que cruza los momentos del tiempo. El pasado, sin lenguaje, solo existiría como un vago sentimiento que no podría ayudarnos a saber ninguna cosa. Del mismo modo, el futuro solo existe gracias al lenguaje].

Su contemporáneo Jean-Paul Sartre también debía, por naturales condiciones, proponer una nueva mirada al mundo desde el continente europeo. Mientras Weil se acercó a lo sagrado, a lo místico, Sartre se decantó por el ateísmo y el activismo político de izquierda.

«El existencialismo es un humanismo» es el nombre de la ponencia que Sartre ofreció en París el 29 de octubre de 1945. Fíjate, lector, cómo lanzaba la primera invectiva, defendiendo el existencialismo: se ha dicho contra este que es «filosofía contemplativa», que la «contemplación es un lujo», que es un «quietismo de desesperación»; que «consideramos que el hombre está aislado» y que ha perdido de vista «el lado luminoso de la belleza humana».²⁸ Repito: París, 1945... ¿qué aliento tenían los franceses? ¿No estaban orillados, por todo lo ocurrido, a contemplar, a mirar hacia adentro, a pensar en el ser de los hombres y en el para qué vivir?

Por un lado, Sartre define al existencialismo como «una doctrina que hace posible la vida humana» y que «declara que toda verdad y toda acción implica un medio y una subjetividad humana».²⁹ Por otra, explica que «el existencialismo ateo» que él representa se fundamenta en lo siguiente:

Si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana.³⁰

Luego profundiza aún más: «el hombre empieza por existir». Cuando llega al punto de querer algo, debe tener voluntad para reali-

zarlo y, por tanto, es responsable de su «estricta individualidad», pero también «es responsable de todos los hombres».³¹

Esa postura tuvo gran efecto en la filosofía de Heidegger. Asimismo, en los planteamientos religiosos de muchos activistas y líderes del siglo xx, en sus respectivas luchas y batallas.

Sin duda, adentrarse en el tema de las corrientes filosóficas que derivan de las guerras requiere tiempo y delicadeza de análisis. Me gustaría incluso, alguna vez, demostrar con muchos más elementos cómo las circunstancias del hombre y de la mujer pueden llegar a determinar su pensamiento y, por tanto, su lenguaje; esto tiene implicaciones significativas para la dirección de sus acciones. Una guerra (no mediática, no sucia, no encubierta), una guerra armada como la de la Independencia de México, o como las del continente americano conquistado —sin duda, la Segunda Guerra Mundial, de 1939 a 1945—, no debe ser indiferente a nadie en nuestros días. No obstante, ocurre la desmemoria, incluso aquella deliberada por un sistema patriarcal.

Las generaciones de ciudadanos que recibimos de nuestros predecesores una sociedad en paz quizá no profundizamos en lo nociva que es una guerra armada y por qué debemos impedirle a toda costa.

Mi pacifismo no es retórico. Mi postura es agotar todas las posibilidades que nos da el lenguaje, sea en forma de enunciación a favor o en contra; sea mediante un debate, incluso, uno acalorado, grotesco, vulgar o de otra índole; sea incluso a través de mensajes engañosos, falsos, manipulados o verosímiles, también sinceros o aquellos que solo siguieron pulsaciones naturales del animal que todos somos.

Si algún día nos toca vivir una guerra (espero que no, «toco madera»), entonces realmente podríamos considerarnos víctimas en el sentido más auténtico de la palabra. Mientras continuemos en el nivel del lenguaje, aun con su rostro más ruin, esto es, alegatos infundados, difamaciones, calumnias, malos deseos, rumores, estercoleros verbales, y otras bajezas que también el lenguaje nos ofrece, estaremos realmente a salvo. Estas enunciaciones liberan a quien las profiere. Se desahoga, se desquita, pero no

pasa a mayores. No es lo más civilizado, pero la pasión es propia del hombre y todas las imprecaciones que no pasan a la acción son solo eso: manifestaciones verbales de baja ralea, pero lenguaje al fin.

La paz está también en nuestro pensamiento. La paz es una acción diaria, aunque sea silenciosa.

Les comparto este deseo de Mahatma Gandhi:

Quando una persona afirma ser noviolenta, se espera que no se muestre colérica con quien la ofende. No le deseará ningún mal, sino su bien; no la ofenderá de palabra; no le causará ningún daño físico. Asumiré todas las injurias a las que es sometida por el ofensor. Así pues, la noviolencia es una completa inocencia [...] [Es un] estado perfecto. Es un objetivo hacia el que toda la humanidad tiende de forma natural aunque inconsciente.³²

«Somos lo que pensamos» pertenece también a la tradición budista, más allá de la disertación que hasta aquí he llevado a cabo, de la manera más sencilla y sintética que me ha sido posible. Completo y atribuido a Buda, el aforismo es «Somos lo que pensamos. Todo lo que somos surge de nuestros pensamientos. Con nuestros pensamientos construimos el mundo».

Es recomendable considerar la máxima como un supuesto irrefutable, incluso una idea genial que ya antes alguien enunció y escribió. Nunca lo olvides. La humanidad reflexiona desde que existe. La originalidad de las ideas a veces no lo es tanto.

SOMOS LO QUE DECIMOS

Como he tratado de desmenuzar, individuo, sociedad y lenguaje son distintos, pero cuando se compenetran con otros dilemas pueden resultar bastante complejos. Por ejemplo, hace no muchos años, en 1988, Ernest Gellner, un filósofo británico, consideró que la discusión durante el siglo xx tuvo dos visiones antagónicas del ser humano y de la sociedad. Por una parte, se encuentra el

«individualismo atomista que ve al individuo construyendo su mundo cognitivo (como cualquier otro) a partir del esfuerzo personal», actividad que aun cuando mantenga relaciones cooperativas con otros es, a fin de cuentas, «solitaria». Por otra parte, refiere que:

[El] organicismo romántico, que ve la comunidad o la tradición en marcha como la unidad real, que trasciende al individuo, que solo encuentra la posibilidad de autorrealización, creatividad, pensamiento e incluso, o especialmente, de su misma identidad, dentro de esta comunidad.³³

El «individualista —explicó— ve el sistema de gobierno como un contrato funcional y por conveniencia». En cambio, el «holista ve la vida como participación en una colectividad, solo la cual da significado a la vida».³⁴

En esta visión, ¿dónde te colocarías, lector, lectora? ¿Eres, a la manera de Gellner, un animal social que solo te realizas mediante la comunidad o eres un individualista que «ingresa en comunidades» como si fuera un contrato, «esperando que le suministren servicios, pero no permitiendo que le dominen, ni conceptual ni políticamente»?³⁵ No tienes que responderlo ahora. Tampoco tienes que ir de un extremo al otro, como si la única respuesta fuera «sí» o «no». Estamos reflexionando. Sin embargo, la pregunta es formidable porque polariza y no te permite elegir más que entre dos opciones: individualismo o comunitarismo. Y las preguntas *polarizantes* también se ponen sobre la mesa. No se postergan. Deben ser aceptadas o rechazadas *ahora mismo* porque hay inminencia, una situación límite, un tiempo que corre en contra de la pasividad incluida en la disertación.

Por cierto, puesto que en este ensayo he inclinado la balanza hacia desentrañar sobre referentes, conceptos y significaciones de la manera más sencilla que me ha sido posible, aprovecho para anotar algo sobre el sustantivo «polarización». Desde su etimología insinúa que se trata de dos polos. A mi cabeza vienen de inmediato el polo sur y el polo norte. Supongo que para

mucha gente también es un extremo u otro. No consulto el diccionario, y mucho menos algún análisis político actual sobre este término de los muchos que se oyen en las mesas de los versados que no definen qué es, pero que juzgan peligroso lo que provoca; esto está mal. Para juzgar qué es bueno o malo, primero es fundamental definir qué se entiende por tal o cual cosa.

Me entretengo algún tiempo a costillas de muchos «expertos». (Esta es otra palabra usada en los medios de comunicación, para diferenciar a los neófitos, tú o yo, sobre temas de los que ellos *saben mucho*, lo que los convierte en una autoridad incuestionable cuando hacen declaraciones). Y confieso que me entretiene porque el lenguaje me importa muchísimo y a este le he dedicado gran parte de mi vida intelectual; entonces, escuchar, leer y analizar cómo se usa el lenguaje en el terreno público me seduce. Parfraseando a Ludwig Wittgenstein y otros lingüistas, somos lo que hablamos. Es muy divertido, ya que a través de este camino pueden ser conocidas distintas formas de pensar, de manipular, de seducir, de estafar, de imponer ideologías, de propiciar la necesidad de consumir esto o aquello, en fin.

Pienso que la polarización política es una consecuencia natural de un régimen democrático. En uno autoritario solo hay pensamiento único. En las naciones cuyo sistema electoral consta de primera y segunda vueltas (balotaje) para elegir presidente, supone que, de no alcanzarse una mayoría en la primera, a la segunda pasarán los dos primeros lugares. Se induce la polarización. ¿Por qué quejarse de ella si la democracia en sí misma sigue a un sistema electoral que emplaza a los votantes a tomar decisiones?

Los «expertos» quieren apantallarnos, pero la mayoría se olvida del sentido común. Individuos y sociedades se mueven más por el buen criterio que por un conocimiento intelectual de los peritos sabelotodo. Unamuno nos recuerda lo siguiente:

Todo conocimiento tiene una finalidad. Lo de saber para saber, no es, dígame lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo, o para un fin práctico inmediato, o para completar

nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata a las necesidades no intelectuales de la vida, responde a una necesidad —que también lo es— intelectual, a una razón de economía en el pensar, a un principio de unidad y continuidad de la conciencia.³⁶

La polarización política es consustancial a una sociedad donde se ha llegado al punto de decidir entre «este» o un «aquel», entre un «sí» o un «no» (el plebiscito, por ejemplo). O expresado de manera más cotidiana: el juez del registro civil pregunta a ella: «¿Acepta usted por esposo a fulano de tal?». Y luego torna a él: «¿Acepta usted por esposa a zutana?». La respuesta es «Sí» o «No». Esto es polarización o mutuo acuerdo.

Asociada la polarización a su antinomia, el consenso, se me hace imperativo abordarlo. Me da escalofríos la insinuación de que todos debemos estar de acuerdo. El diálogo —necesarísimo, por cierto— parece obligarnos en las democracias a coincidir en todo. Esto es una falacia de cabo a rabo. En una sociedad plural, viva, actuante, libre (porque también pueden referirse tiempos históricos en los que los individuos ni las sociedades han gozado de sus derechos humanos), ¿acaso no es una contradicción? El disenso es vital. «Cada cabeza es un mundo», reza el refrán.

Hoy puedo estar de acuerdo contigo en que no puede posponerse más atender a las mujeres víctimas de violencia doméstica; sin embargo, ¿estoy yo dentro de esa casa para censurar, dirigir, validar, descartar, juzgar? No, y seguramente no lo estaré; y si me tocara presenciar esto (situación eventual), quizá intervendría a favor de ella. Pero resulta que no deseo gobernar la casa de nadie.

Cuando hay violencia doméstica en contra de una mujer, ¿hay consenso en que debe impedirse? Quiero pensar que sí, porque la intimidación o ultraje en todas sus formas debe evitarse, pero ¿es responsable la familia, el vecindario, el resto de la sociedad o el Gobierno, de que ese abusivo actúe con tal bajeza contra su mujer o contra cualquier otra mujer? No. El responsable es este individuo y quien se lo permite. Pero, como lo señaló Sartre,

todos somos responsables de los hechos sociales. No podemos ser indiferentes. Sin embargo, es decisión de ella salir de ahí y no permitir más ser violentada. ¿Ella es consciente de que es agredida?

Es lamentable, de acuerdo con lo que he visto en México, que no siempre la mujer se percata de la anomalía. Considera que es parte del vivir con alguien. Podemos estar de acuerdo en que en una relación de pareja haya *lapsus* de ira, coraje, frustración, pero si esta dominación mental, este sometimiento verbal e incluso físico se normaliza, ¿cómo le explicamos a esa mujer que hay límites y posteriormente cuáles son los límites? No es un tema que encuentre una solución aquí, porque los orígenes de la violencia son múltiples, pero hay algo en lo que deberíamos estar de acuerdo: es mejor no tener relaciones emocionales que nos dañen. Que el hogar, en vez de ser espacio de paz y descanso, se convierta en trinchera para el combate, no. No, nunca. Lo sano es la disolución de esa relación.

Otra pregunta: ¿el vecindario, la familia, la autoridad o el Gobierno debe ayudar a guarecerla, apoyarla, curarla si es preciso cuando es agredida, minimizada, golpeada por su pareja? Por supuesto que sí, porque no somos ni podemos resolver muchos de nuestros problemas sin los demás.

LA COMPRENSIÓN

Con las guerras y revoluciones del siglo xx, filósofos brillantes, sobre todo europeos, y otros que pasaron desapercibidos, trataron de responder, proponer y llegar a fondo sobre por qué la especie humana llega a confrontaciones que destruyen y provocan pérdidas humanas. Aunque la mayoría de la gente también vivió en carne propia estas maldades y latrocinios. Me refiero a los damnificados o agraviados de los que hoy se puede conocer nombre y apellido, pero sobre todo a los miles que acabaron enterrados sin que hoy sepamos quiénes fueron, qué les ocurrió, qué reflexionaron, qué sacrificaron, a qué se resignaron. No

solo los grandes líderes han dado la cara; detrás de ellos hay miles, millones de rostros anónimos a los cuales también hay que escuchar.

El brillante Jürgen Habermas, quien aún vive, elaboró aspectos conceptuales «de la acción orientada hacia el entendimiento». Vaya tarea titánica: que la comunicación humana nos lleve a forjar una avenencia, comprendernos, ponernos en el lugar del otro. Llevada al límite, esta actitud de sincronía con nuestro prójimo evitará que nos estemos matando. Recupero, de manera breve, su pronunciamiento sobre la «acción comunicativa»:

Es un proceso circular en el que el actor es dos cosas a la vez: es el iniciador que domina situaciones con acciones de las que es responsable; y, al propio tiempo, es el producto de tradiciones en las que se encuentra, de grupos solidarios a los que pertenece y de procesos de socialización dentro de los cuales crece.³⁷

Coincido plenamente hasta aquí.

Como refuerzo a lo que desarrolla, Habermas incluso analiza las «perspectivas de acción» de Robert L. Selman³⁸ y que, como madre, yo misma he podido atestiguar: de los 7 a los 12 años, más o menos, los niños comienzan a ser capaces de salir de sí mismos y descubrir que, así como ellos tienen sus propios pensamientos y actúan de una manera, existen más individuos capaces de lo mismo. En cambio, de 5 a 9 años, cada chico descubre frente a otro o los adultos que «tiene una vida psicológica subjetiva encubierta y única».³⁹ Hay estudios muy interesantes, algunos considerados clásicos, como los de Jean Piaget, Maria Montessori, Lev Vygotsky y demás, entre psicólogos y pedagogos o filósofos, acerca del desarrollo del pensamiento y el lenguaje en la persona que crece (de bebé a adulto).

Vygotsky, en particular, consideró desde hace tiempo que es un error considerar «el pensamiento y el habla como dos procesos sin relación».⁴⁰ El niño coincidirá con el adulto en la referencia a un objeto (pelota), pero esto no equivale a que ambos entiendan lo mismo.⁴¹

Este horizonte ajeno al individuo es lo que Bajtín llama «palabra ajena»: viene de otros (la madre, el padre) y hasta que se internaliza, hasta que se tiene autoconciencia de que ese horizonte ajeno es propio, deja de ser palabra. De hecho, quien enseña a hablar a un bebé lo hace de manera autoritaria. Una cosa solo puede significar esto; no lo otro. Esto se hace para entendernos. En algún momento, el hablante se emancipará y expresará sus propias palabras con sus debidos significados para el referente al que destaca. Este es el comienzo de un largo proceso ideológico.

Hace años estudié este tema en relación con los dogmas religiosos, siguiendo a Bajtín, para concluir (por ahora) que las doctrinas de esta naturaleza (también las leyes) deben construir enunciaciones inamovibles, aunque al final se derrumben, a fin de generar otras con la misma intención: que sean apotegmas.⁴² Un caso que atañe a México, estudiado por Todorov: fray Diego Durán, a finales del siglo XVI, diseñó un plan con el propósito de convertir al catolicismo a los indios, fincado en dos acciones. «Para imponer la religión cristiana, hay que extirpar toda huella de religión pagana» y «Para lograr eliminar el paganismo, primero hay que conocerlo bien».⁴³ La obra de Durán es *Historia de las Indias de la Nueva España* (1867-1880), para quien guste adentrarse en el mundo de las estrategias de imposición autoritaria.

De igual modo procede el absolutismo: sin discutir, destruye con un plan de exterminio previo, bien elaborado.

El lenguaje, según Bajtín, se convertirá en ideológico de cualquier manera porque el hablante está en constante diálogo con otros y con sus ideologías, y en algún momento tal o cual supuesto le calzará y lo tomará... o no. Todo el tiempo se emiten *ideologemas*; esto es, enunciados que enfatizan una manera socializada de entenderlos. «La ideología es expresión de las relaciones histórico-materiales de los hombres», escribe Augusto Ponzio, relaciones que implican organización y regulación. El mismo estudio identifica, en Bajtín, la existencia de una «ideología oficial» e «ideología no oficial». Por «oficial» no debe entenderse la narrativa de un poder legítimo nada más, sino aquella en la que concurren otros poderes, sean económicos, mediáticos, transnacionales,

colonialistas, expansionistas, anti-X o pro-X y más. La «oficial» es todo discurso usado en «las diferentes formas de la cultura, los sistemas sobreestructurales, como el arte, el derecho, la religión, la ética, el conocimiento científico, etc.».⁴⁴ A esta «ideología oficial», continúa Ponzio, pueden pertenecer «los diferentes sustratos de la conciencia individual». A la «no oficial» van a llegar los «sustratos del inconsciente, del discurso censurado»,⁴⁵ y todas aquellas ideologías no determinadas por un grupo social o una clase aparentemente minoritaria.

Para Bajtín, analizar un texto implica sumergirse en la ideología de la época en la que fue escrito. Wayne C. Booth lo entiende de una manera que me gusta: los lenguajes no solo contienen palabras con significantes, sino que todo el discurso humano es un «sistema de significados» y cada lenguaje constituye un bloque de sistemas o normas. Booth entiende, siguiendo a Bajtín, que la ideología no está en ningún momento ausente del discurso humano. [«Hablamos *con* nuestra ideología»] («We speak *with* our ideology») y *hablar* es algo así como ser políglota; *hablar* es como hacer uso de una colección de lenguas.⁴⁶ Unas las usamos en el arte, otras en el salón de clases, otras en el ámbito religioso, en la ciencia, en el espacio familiar, y así sucesivamente.

Hoy podemos discutir sobre feminismos, acerca del cambio climático, en torno de la pandemia por noticias falsas en un mundo digital y, ¿quién lo puede saber ahora? Tal vez en una década el público estará orientando el centro de su discurso público a estas o a nuevas discusiones. De hecho, cabe preguntarse: ¿estos temas de los que habla la gente hoy en día (en los medios, en las mesas redondas, en el aula) forman parte de un discurso oficial o no oficial? Pensémoslo bien. ¿Dónde nace esa narrativa: es propia o ajena? ¿Cuál es el interés de promoverla o censurarla? Cuando circula tal idea o hipótesis masivamente, ¿se tiene conciencia, autoconciencia?, ¿se cuenta siquiera con un mínimo interés de reflexión, de una legítima y convincente invitación a pensar, o esa lexicografía se adquiere porque ya está en la narrativa social y es tema del cual no podemos estar exentos de abordar en el café, en la oficina, en los teatros y en las escuelas?

De sobrevivir este libro, un futuro intérprete podría escurrir sobre la intencionalidad de pasar de una práctica (la mía) a una reflexión teórica, y tal vez lo aquí expuesto resulte anacrónico y rebasado por nuevas realidades. Acaso, ya archivado o durmiendo en el lecho del olvido y descubierto cien años después, el hermeneuta que quiera hallar entre estas páginas algo original y hasta precursor sobre el *yo-en-el-público* puede concluir, sin mucho análisis, algo así como: *La autora era una persona que buscaba comprender una realidad que no entendía del todo*. Me gusta y la acepto ya mismo.

Vuelvo con la necesidad de consenso que Habermas llama «orientación hacia el entendimiento». La acción comunicativa es aquella en la que

los actores aceptan coordinar de modo interno sus planes y alcanzar sus objetivos, únicamente, a condición de que haya o se alcance mediante negociación un *acuerdo* sobre la situación y las consecuencias que cabe esperar.⁴⁷

Habermas presupone que los dos involucrados en el diálogo acuerdan o deben acordar en todo momento una acción comunicativa. Que ese entendimiento que busca un acuerdo depende de la aprobación «racionalmente motivada, del contenido de una aseveración». Este ideal, en mi opinión, es nada más una propuesta. Yo no veo por qué en grupos y sociedades deba haber un entendimiento todo el tiempo. El consenso y el disenso van y vienen porque las circunstancias cambian.

Ahora bien, el entendimiento o consenso no significa que, en el punto de desacuerdo, se rompe lo discutido y se procede a abandonar la comunicación para insertar en su lugar la violencia. «Se rompió el acuerdo», se escucha. «Puede que no lleguemos al consenso sobre esto», se oye por allá.

La falta de entendimiento o de consenso se expresa como un fracaso, pero no lo es. Mientras haya diálogo humano, pero sobre todo una actitud de comprensión hacia uno mismo, hacia los demás, el disenso aparece y reaparece.

Ninguna premisa política o ética es inamovible. Esta es la realidad: se hace el esfuerzo por buscar el discernimiento, comenzando por argumentar lógicamente y llegar a una afirmación y, a partir de ahí, alcanzar un acuerdo... o no. Pero la diferencia, que es consustancial al diálogo humano, implica que cada individuo tiene su propio contexto, sus propios egos o desengaños, e incluso una ética que puede no coincidir con la nuestra. No obstante, esto no significa que, en un intercambio intelectual producido a la sazón de una coyuntura, ya sea de manera muy educada, cautelosa, o incluso ardiente, vehemente o poco tersa, la diferencia sea un rumbo equivocado. Es posible, como sugiere Habermas, llegar a una «convicción conjunta».⁴⁸ Pero ello no supone que la convicción conjunta dure para siempre.

Sin embargo, tengo la sensación, a partir de lo que escucho en pláticas cotidianas, en la calle o en la esfera pública, de que el consenso es imperativo. Objeto: lograr principios de universalidad es una tarea ideal a la cual debemos aspirar y forjar día con día. Pero ¿cuáles son los principios de universalidad?, ¿qué es aquello en lo que todos estamos de acuerdo, incluyendo, por supuesto, su significación? A veces ni siquiera una misma logra consenso en torno a ir por aquí o allá, afirmar con contundencia esto o aquello, porque las circunstancias no se mantienen inamovibles. Incluso es bueno estar preparados para cuando estas se modifiquen de manera repentina. El consenso es una ilusión. Los que piensan (y luego hasta los idiotas) van a aducir y los argumentos cambian porque ese señor llamado «Tiempo» está haciendo su trabajo desde que el mundo es mundo.

Volvamos. Las inequidades son reales, pero no todas son atribuibles a la autoridad, al marco legal o al régimen. Muchas están en la casa o en la familia. Incluso nos podemos llenar de leyes, pero ¿existe voluntad, valores, conciencia y responsabilidad de que más allá de lo que prohíbe o permite la norma cada uno y todos nos debemos a un comportamiento ético que obra en beneficio nuestro y el de los demás?

La discusión entre la frontera del individuo y lo social no termina aquí; tampoco la temporalidad ni el lugar en el que con-

vergen. La reflexión, el debate y el diálogo siguen abiertos. No se ha dicho la última palabra. Esta no es mi última palabra sobre ningún tema de primordial esencia en el quehacer del hombre o la mujer. Al menos desde lo individual, junto con el pensamiento y el lenguaje, es posible definir algo por un tiempo para avanzar. Después, cuando haya caducado la idea o los escenarios nos insten a crear o recrear nuevas significaciones, si es el caso, es preciso volver a discutir y plantear un nuevo axioma. Tal es el fin de las leyes, los códigos, los reglamentos (oficiales o no oficiales). Son vigentes hasta que nuevos elementos, procedentes de una realidad modificada, fuerzan a que estos sean derogados, modificados, suprimidos en partes o adicionados con los elementos de ese nuevo contexto. Individuo y sociedad, pues, han sido un binomio pensado y debatido desde hace siglos.

¿Por qué decir nombres de dioses, astros,
 espumas de un océano invisible,
 polen de los jardines más remotos?
 Si nos duele la vida, si cada día llega
 desgarrando la entraña, si cada noche cae
 convulsa, asesinada.
 Si nos duele el dolor en alguien, en un hombre
 al que no conocemos, pero está
 presente a todas horas y es la víctima
 y el enemigo y el amor y todo
 lo que nos falta para ser enteros.
 Nunca digas que es tuya la tiniebla,
 no te bebas de un sorbo la alegría.
 Mira a tu alrededor, hay otro, siempre hay otro.
 Lo que él respira es lo que a ti te asfixia,
 lo que come es tu hambre.
 Muere con la mitad más pura de tu muerte.

«El otro»,
 ROSARIO CASTELLANOS⁴⁹

II

LAS FÉMINAS HISTÓRICAMENTE

Eres la mujer que me bañó
a la orilla de una pileta llena de estrellas y sapos,
la que formaba en mi nuca cebollas con mis cabellos,
la que me daba huevo tibio con limón y sal.
Mi nariz de metate guarda los aromas del arroz y la canela.
La que me enseñó a amar los aretes y las gasas de seda,
eres la que curó mis heridas
con el tejido de las arañas.
Sin duda dos cosas, madre:
las nubes y tus brazos de jícara me engendraron.

«Olga»,
NATALIA TOLEDO¹

HISTÓRICA DIATRIBA: DUMAS E IDEVILLE

De modo extraño, se llama «feminismo» y no acostumbramos en México decir que somos féminas, sino mujeres. El uso regular sintáctico del sufijo *-ismo* nos permite formar sustantivos que suelen significar dos cosas: una, un tipo de pensamiento, actitud, tendencia, condición o un gran número de términos científicos; dos, se entiende que las palabras que lo incluyen equivalen a «movimiento», «estar en favor de», «doctrina», «escuela». En México no empleamos *mujerismo*.

Antes de avanzar, ofrezco anticipadas disculpas por no revisar más allá de dos siglos. En el mundo indígena prehispánico, es poco lo que se ha estudiado sobre el tema, pero percibo que comienza a ser del interés de algunos investigadores, sobre todo desde la arqueología, la historia y la etnología.

Lo más probable es que el término «feminismo» se haya tomado del uso que tuvo en Francia, en el siglo XIX: es *femme*, fémina. En esa época, un primer significado fue el que derivó de un diagnóstico: padecen de feminismo ciertos varones; está afectada su virilidad.

Charles Fourier empleó *féminisme*, a su vez, para referirse a la necesaria emancipación de las mujeres en la primera mitad de ese siglo (al mundo anglosajón se tradujo como *womanism*). De modo posterior y en forma despectiva, «feminismo» fue empleado por el escritor Alexandre Dumas hijo en una obra difícil de encontrar, titulada *El hombre-mujer (L'Homme-Femme)*, 1872). La anterior y *La mujer-hombre*, la respuesta de una autora anónima a Dumas, fueron recogidas en una edición en castellano titulada *Matrimonio, adulterio y divorcio* (1873).²

La de Dumas fue, en realidad, una carta enviada al señor Enrique de Ideville (Henri Amédée Le Lorgne d'Ideville).³ Por considerar que dicha respuesta refleja muy bien el pensar de un francés ilustrado de su tiempo, famoso, admirado y con gran influencia en el medio artístico y cultural, me extendo un poco más. El señor Ideville, se sobrentiende, publicó un artículo en el periódico *Le Soir* donde se pregunta si una mujer adúltera debe ser ejecutada, y concluye que lo mejor es perdonarla. Dumas, sin rodeos, objeta su solución y declara por escrito que:

La humanidad colectiva e individual continúa turbándose ante X hechicera y terrible: *la mujer*. Ella nos da el ser siempre, y a veces la muerte; pues si es cierto que da la vida al niño, se reserva el derecho de arrebatarla siempre que puede al hombre en el actual estado de cosas.⁴

Enseguida, Dumas considera que los orientales se han equivocado al meter en prisión a las mujeres que «ponen los cuernos»,

porque esto significa perder los sentimientos. Sin embargo, al destinatario de su escrito le confiesa que «el solo medio para que la mujer sea inofensiva es hacerla libre». Porque la esclavitud no permitiría que se fuera «dueña de ella totalmente».⁵

A partir de lo anterior, Dumas hijo desata una serie de estigmatizaciones que sin duda proclamaban muchos como él en su tiempo: «las mujeres nunca se rinden a la razón ni aún a la evidencia; solo las convence el sentimiento o la fuerza. Enamoradas o maltratadas: Julieta o Martina».⁶

Aunque confesó al señor Ideville que escribiría «cosas extraordinarias» y «monstruosas» para la mayoría, pero que «alguien las ha de decir», clasifica en tres los tipos de mujeres «sirviéndome de términos clásicos»: vestales (están arriba), matronas (en medio) o cortesananas (abajo). «O en términos más familiares y más inteligibles»: las mujeres del templo (vírgenes), las del hogar (esposas y madres) y las de la calle (cortesananas, prostitutas).⁷ Que existan cada día más mujeres que quieran salir del templo y del hogar para luchar por una desobediencia ante los hombres es una idea de los llamados «librepensadores», cuyo fin es «emancipar a la mujer y alejarla de la Iglesia», cosa que no van a lograr.⁸

Y continúa. Las «femenistas»,⁹ por su parte, exclaman: «Todo el mal consiste en no querer reconocer a la mujer como igual del hombre, en no darle la misma educación y los mismos derechos, en el abuso que el varón hace de su fuerza, etc.». Ante este aserto, responde: sus dichos carecen de sentido común:

La mujer no es un valor igual, superior o inferior al hombre; es un valor de otro género, así como es un ser de otra forma y de otras funciones. Y una prueba de que no es tan fuerte como el varón es que siempre se queja de que el hombre tiene más fuerza que ella.¹⁰

No para el escritor: «Lo que tú ignoras es que no solo tu mujer, sino *la mujer*, la que aún es digna de llevar este nombre, estima muy poco al hombre mientras dura aquella momentánea apotheosis» del placer.¹¹ Vaya, incluso, cuando la mujer busca ser madre, es egoísta porque el hijo será solo suyo y el esposo se

hallará «vencido por lo femenino, el eterno femenino». Porque al final, sean del templo, del hogar o de la calle, está en su «raza» ser traidoras y dominantes. «Hoy se toma lo que encuentra porque no hay otra cosa».¹²

Dumas hijo remata con esto: a la mujer adúltera no hay que perdonarla, sino matarla.

Mi consejo, pues, queda sin efecto, como otros muchos, porque solo a los hijos que uno ha hecho y que uno mismo ha educado tiene derecho a inculcar ideas tan absolutas y probablemente tan insensatas como las mías.¹³

Quienes estudiamos el lenguaje no podemos quitar el dedo del renglón. Hay que tratar de comprender, de situar las palabras en su contexto, de recordar que la lengua está viva y que decimos lo que pensamos, pero que a la vez también somos eco de lo que piensan muchos de nuestros congéneres en la contemporaneidad. Una pregunta mínima de investigación sería, si fuera posible contestarla, ¿qué le hicieron las mujeres a Dumas?; es decir, ¿cuáles fueron sus tragedias o por qué generalizar de esta manera, aunque él mismo considere que sus juicios son insensatos? ¿De qué doctrina o ideología abrevó el escritor para generar descripciones? Una cosa es repetir lo que se debía pensar de ellas; y otra, reducir a todas las mujeres a una definición simplista, ofensiva y escandalosa. De manera sencilla, mucho del sustento de su escrito está basado en lo que referiré líneas más adelante sobre el legado ideológico de san Pablo y sus epístolas en torno a las mujeres.

En el mismo volumen, *Matrimonio, adulterio y divorcio* (1873), aparece una contestación al autor de *La dama de las camelias*. Me extiendo un poco más porque la deliberación es buena, en especial considerando que, hoy en día, muchos coinciden en afirmar que las mujeres somos débiles intrínsecamente y que ellos son los fuertes, por la misma razón; que nosotras nos movemos solo por pasiones y ellos por razones. En fin, ¡cada cosa que escucho! La misoginia (esto de tener aversión a las mujeres) no se ha extinguido.

LA RESPUESTA ANÓNIMA

La autora desconocida (francesa también) es muy audaz con sus refutaciones. Revira a Dumas que, en vez de pensar, ideologiza. Lo acusa de utilizar la fraseología de manera cautivadora pero no tener sustento racional en lo que escribe. Le explica: «la mujer no existe porque es *sui generis*, es decir, que ninguna mujer se parece a otra», puesto que Dios «ha podido también formar almas de igual esencia divina, pero teniendo cada una de ellas aspiraciones suyas particulares». A la par de esta singularidad, las mujeres son producto de circunstancias hasta geográficas. «Tenemos un carácter nacional, instintos, pasiones, virtudes, que son en cada país simplemente el efecto de la influencia ejercida sobre la humanidad por la de los cuatro agentes físicos: el suelo, los alimentos, el clima y los aspectos que presenta la Naturaleza».¹⁴

Sorprende el siguiente aserto: «La mujer no existe; solo hay mujeres cuyos tipos varían al infinito».¹⁵ Y se basa en las diferentes formas de ¿ser mujer? que encuentra desde antes de Cristo; entre los Vedas, los antiguos germanos, griegos, romanos... Por ello, quienes fuera de Francia leen sus obras literarias advierten a sus hijos que jamás se casen con francesas porque son las «más perversas del mundo».¹⁶ Sobre el adulterio, la autora también lo condena, pero es el derecho el que debe decidir. El marido no debe de hacer justicia por sí mismo.

Ella aprovecha para censurar el Código Napoleón, suponiendo, vigente en ese tiempo, porque «las leyes, para ser respetadas tienen que ser respetables; deben ser la expresión de la justicia misma», y esta ley no cumple con esas condiciones. Ese código es «el verdadero padre del adulterio» porque asegura a los hombres «el derecho de ser inmorales impunemente».¹⁷ Además, solo castiga a uno de los culpables.¹⁸ Por lo tanto, la autora está a favor del divorcio porque «sería un freno saludable para detener la desmoralización y para devolver al matrimonio su carácter digno y sagrado».¹⁹

Así, uno a uno, va desmontando la fraseología de Dumas hijo. Como afirmó que él no es padre y no da consejos a los

hijos, ella anota los que daría a una hija, cuando la tuviera, entre los cuales se encuentra no enviarla ni al convento ni al colegio, sino el compromiso de que ella misma la educará para que lea «libros serios y científicos». Y cuando esté en edad de casarse, le hablará de los hombres y cómo puede ser que su marido, que antes era dulce y cariñoso, se vuelva más «prosaico». Agrega que, en ese supuesto, si el esposo no la esclaviza, «tratará al menos de imponerle sus gustos, sus preferencias, sus voluntades, y que tendrá que someterse a él moral y físicamente».²⁰ Si fuera varón:

Me limitaré a hacerle comprender lo criminal que es seducir a las doncellas inocentes, y en vez de hablarle mal de las mujeres, le inculcaré el respeto y la veneración hacia la mujer honrada, haciendo que un antiguo amigo le insinuase cuán peligrosas son las cortesanas, y aún más las mujeres de la calle. Ese amigo se encargará de explicarle por qué. Haré lo posible para hacer de él un cumplido caballero y un hombre de honor.²¹

En dicha respuesta, termina solicitando a Dumas hijo lo siguiente:

No puedo concluir lo relativo a la mujer sin pedirnos una pequeña explicación acerca de los siguientes párrafos, tomados de vuestro prólogo de *El amigo de las mujeres*: «La emancipación o renovación de la mujer, estas palabras que nuestro siglo está harto de oír, carecen para nosotros de sentido. La mujer no puede ser emancipada ni renovada; su función, así como su destino, están ya establecidos y marcados desde su origen; no hay que modificarlos, solo hay que conocerlos bien» [...] Os ruego, caballero, que tengáis la amabilidad de indicarme a qué clase de emancipación y de renovación aluden esas frases; o si lo preferís, decidme qué entendéis por eso de emancipación de la mujer, o bien a qué teorías emitidas se dirigen semejantes palabras. Yo por mi parte, caballero, he leído sobre ese particular unos libros muy serios, entre otros el del Sr. D. Enrique [sic] Stuart Mill, y este libro, os lo puedo asegurar, no ha provocado esa hilaridad que según vos ha de hacer reír a Dios eternamente.²²

Pide, en fin, que la mujer pueda disponer de su fortuna personal; que se le permita comparecer en un juicio sin el permiso del esposo; ser tutora de un consejo de familia; que, en caso de viudez, de orfandad temprana o cuando el cónyuge esté discapacitado, las mujeres puedan tener una carrera para obtener ingresos. Entre otras cosas, solo de esta manera «se emancipará a la mujer de la miseria», pues esta «horrible miseria es la que ha precipitado a las tres cuartas partes de las mujeres en el viejo vicio y la depravación».²³

Que la mujer emancipada tenga derecho al trabajo y a la instrucción gratuita, ¿por qué no había de ser así? Cuando los hombres tienen sus escuelas del gobierno gratuitas, ¿sería acaso exigir demasiado el pedir para la mujer, aunque no fuese más que las artes mecánicas gratuitas? Es menester emancipar a la mujer del vicio, hay que emanciparla de la miseria, de la ignorancia, y últimamente, hay que emanciparla del ocio intelectual. He aquí, caballero Dumas, lo que es la emancipación. Esto es lo que exigen para las mujeres aquellas que vos calificáis de Amazonas, y que otros literatos llaman viragos. ¿Y ahora creéis que la emancipación así entendida se preste tanto a la risa como decíais?²⁴

Eché un vistazo a qué decía la prensa mexicana del siglo XIX sobre el divorcio.²⁵ En primera plana de *La Mujer*, un articulista anónimo daba sus argumentos en contra, teniendo como telón de fondo la agitación pública en Francia sobre el tema. Los promoventes eran el diputado Alfred Naquet, apoyado en labores de propaganda por «hombres de ideas avanzadas»: Alejandro Dumas hijo, C. Augier y E. Legouvé. Quienes quieren el divorcio, escribe, son los «librepensadores». Es cierto, analiza, que la vida conyugal a veces puede convertirse en un martirio, pero hay que aceptarlo «no solo porque así lo ordenan las máximas cristianas, sino para conservar el orden y la moralidad en el cuerpo social; son sacrificios que se hacen en aras del bien de la sociedad». El divorcio, de aceptarse, acarrearía «funestas» consecuencias para la familia «a menos que se cambie radicalmente el modo de

ser social; pero ese cambio sería muy peligroso, y determinaría un cataclismo en la historia de la humanidad».²⁶

FEMINISMO, LUEGO FEMINISMO

Después de este imperdible debate, sabemos que el vocablo *femenismo* o «feminismo» en nuestros días no puede ser considerado nuevo.

Casi un siglo después, en 1987, Karen Offen llamó la atención sobre el resurgimiento de los motes «feminismo» y «feminista» que «usan» en el mundo occidental para «describir tanto las ideas que abogan por la emancipación de la mujer, los movimientos que buscan lograrla y los individuos que se adhieren a ellos». Ella localizó el anterior empleo (en tiempos de la agitación política de Francia, en 1830), «durante el cual las palabras relacionadas socialismo e individualismo aparecieron en el vocabulario político de los francófonos».²⁷

Según recuerdo, la primera vez que escuché «feminismo» en vez de «liberación femenina», término más antiguo, fue hace unos 15 años. Para Marta Postigo Asenjo, en España, esta etapa se conoció allá como la «Tercera Ola del movimiento feminista»; esto es, en las décadas de 1960 y 1970.²⁸ También de joven escuché «hembrismo», «amazona» y quien lo enunciaba, según recuerdo, lo hacía de manera despectiva.

De hecho, el concepto específico que oí fue «teología feminista». Lo pronunció un orgulloso joven marido al hablar de la profesión de su esposa, quien era teóloga y daba clases en una universidad privada. Explicaba que era muy oportuno ir quitando la mirada masculina a la Biblia, por ejemplo. Al principio estuve de acuerdo con eso y todavía sigo reflexionando sobre el tema.

Dos han sido las formas de fichar a la mujer: por una tradición religiosa (en el caso de Occidente, el cristianismo) y por un supuesto determinismo biológico.

Años y años he considerado que el libro religioso más importante en Occidente realmente tiene una predominancia de voces

masculinas. Sin embargo, también he llegado a la conclusión de que este no es un libro de géneros de feminidades o masculinidades, sino el estandarte de una de las más importantes religiones de salvación que existen. Entonces, allí el adepto encontrará la escritura sagrada bajo la cual se sustenta un aparato religioso. Un teólogo diría: «Es el libro de la revelación». Alguien de letras, más allá de la fe, verá que es un extraordinario compendio de autores, obras, tiempos, situaciones y géneros (literarios) que a la vez puede ser estudiado bajo una perspectiva social, antropológica, matemática, «de género», y más, y supongo que a ello se dedicaba la esposa de aquel empresario católico que abordaba un avión, igual que yo.

LA MUJER PURA Y LA MUJER PECADORA

Muy interesada en el tema, hace unos diez años escribí un trabajo académico sobre estas concepciones precristianas y cómo la Biblia fue el argumento que blandieron para consumir la antinomia que prevalece, cuando menos en Occidente, por siglos: la mujer es virgen o pecadora. Virgen, por María, o pecadora, por María Magdalena. Hallé, por ejemplo (ahora que he vuelto a ese escrito), que, como muchos otros conceptos occidentales, con Aristóteles quedó definido un estigma chocante para nosotras hoy en día: «el macho es por naturaleza superior y la hembra inferior; uno gobierna y la otra es gobernada; este principio de necesidad se extiende a toda la humanidad».²⁹

De vuelta con los orígenes de esta dinámica de pareja, encuentro que, sin duda, el cristianismo —no Jesucristo— llevó a cabo una construcción dogmática³⁰ que ha acumulado más de dos mil años, en donde la mujer, con base en el Nuevo Testamento, tenía una cara u otra del binomio. La exhortativa moral era asemejarse a la Virgen, no a la pecadora, de donde surgió todo un tema relacionado con la virginidad premarital y la demostración de esta como prueba de pureza.

Aquí voy a referir de manera breve cómo se configuró esa radical dualidad y por qué. Para hablar del feminismo hoy en

día, es fundamental, en primer lugar, romper el tabú histórico y social entendiendo sus raíces y razonando al respecto.

Nada se encuentra en los Evangelios sobre que Jesús haya dicho algo en contra de las mujeres por su género. Las teólogas feministas o las feministas que indagan en las religiones tienen la palabra para abundar en ello. Si acaso, Jesús las quería junto a él, como discípulas, como compañeras, para compartir sobre qué es el reino de Dios. Juan Pablo II, en 1988, tuvo que aclarar que «en las enseñanzas de Jesús, así como en su modo de comportarse, no se encuentra nada que refleje la habitual discriminación [hacia] la mujer, propia del tiempo; por el contrario, sus palabras y sus obras expresan siempre el respeto y el honor debido» a ellas.³¹

En las cartas de san Pablo, sin embargo, aparecen señalamientos concretos sobre las formas de ver y tratar a las mujeres, y cómo ellas deben comportarse. Haciendo una revisión hermenéutica, con el nacimiento de las primeras iglesias cristianas, esa era la concepción cultural predominante que, para infortunio de nosotras, se impuso durante siglos y aún no se va. En 1 Corintios se lee: «El varón no tiene que cubrirse la cabeza, siendo imagen de la gloria de Dios; mientras que la mujer es gloria del varón. Pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón». ³² Renglones más adelante, san Pablo advierte que en todas las iglesias «de los consagrados, las mujeres deben callar en la asamblea, porque no se les permite hablar, sino que han de someterse, como manda la ley: si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus maridos en casa. No está bien que una mujer hable en la asamblea». ³³

En Romanos, se lee que «la mujer casada está legalmente ligada al marido mientras este vive. Si muere el marido, queda libre de la ley que lo unía a él. Si se junta con otro mientras vive el marido, se la considera “adúltera”, pero si es viuda, no es adúltera». ³⁴ Pablo, además, reprodujo en 2 Corintios la leyenda del Génesis: «La serpiente sedujo a Eva, con astucia», lo que ayudó bastante a inmortalizar el mote de Eva, la pecadora, la tentadora, la provocativa, la maligna, la seductora. En 1 Corintios también advirtió que el matrimonio debe ser monógamo y de hombre con mujer y que ella «no es dueña de su cuerpo, sino

el marido; lo mismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino la mujer».

Enseguida, san Pablo recomendó a las viudas y a los solteros no casarse,³⁵ y si lo están, no divorciarse e instó a preferir que «quien se casa con su compañera virgen hace bien, quien no se casa hace mejor».³⁶ Desde luego, no soslayamos la condena a la homosexualidad paulista en Romanos: «los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en deseo mutuo, cometiendo infamias hombres con hombres y recibiendo en su persona la paga merecida por su extravío» y su mente es «depravada», por tanto, «dignos de muerte a los que hacen estas cosas, no solo las practican, sino que aprueban a los que las hacen».³⁷

Es claro que, sobre el tema de las mujeres y la homosexualidad, la Iglesia católica y las iglesias evangélicas han superado bastante el viejo discurso. Esto no significa que hayan desaparecido pastores, sacerdotes u obispos, en pleno siglo XXI, que no han actualizado su peroración ni escuchado las declaraciones del Vaticano. Porque, por lo menos, el papa Francisco desde 2013 explicó: «Las reivindicaciones de los legítimos derechos de las mujeres, a partir de la firme convicción de que varón y mujer tienen la misma dignidad, plantean a la Iglesia profundas preguntas que la desafían y que no se pueden eludir superficialmente».³⁸

En la exhortación *Evangelii Gaudium*, Francisco colocó a María como una figura «más importante que los obispos» al explicar por qué el sacerdocio aún es reservado solo a los hombres. Considero que no es una respuesta contundente; sin embargo, al menos ya ha sido abordada por un pontífice y las mujeres ya no aparecemos, en la boca de un líder espiritual, como las engañosas y traicioneras, entre otros epítetos, alejándose de la castidad, la pureza y la mojigatería. Este es un gran avance.

EL SEXO FUERTE Y EL SEXO FRÁGIL

Una demanda muy sentida, desde el siglo XIX, fue el derecho al voto. El sufragio fue una conquista muy dura de obtener. Si Esta-

dos Unidos ya era independiente desde 1776 y las mujeres obtuvieron el derecho al sufragio en 1920, en un repaso veamos cómo para nuestra nación fue aún más dilatado el proceso. México, en 1810, comenzaba su batalla por liberarse de la Corona española (lo cual ocurrió hasta 1821) y votar no era prioritario. Si no hay soberanía, ¿de qué derechos hablamos?

En el caso de Estados Unidos de América, Elizabeth Cady Stanton y Lucretia Mott fueron un par de pioneras en el movimiento sufragista de ese país. La *Declaración de sentimientos de Seneca Falls*, de 1848, fue solo eso: sentimientos.³⁹ (De hecho, en ese país la democracia es indirecta todavía: los ciudadanos votan, pero es un colegio electoral el que elige al presidente).

Cualquier cambio comienza a convertirse en hecho a partir de deseos. Las estadounidenses, para cuando se firmó el manifiesto, reclamaban —como las francesas— el derecho a votar y a postularse por un cargo; a tener un empleo; a que sus propiedades no fueran transferidas al esposo, y así.

El movimiento sufragista mexicano logró que las mujeres pudiéramos votar en 1953. Ya para entonces había muchos intelectuales, políticos, escritores, legisladores y gobernantes que apoyaban esta iniciativa. El casi desconocido en nuestro tiempo Guillermo de Luzuriaga y Bribiesca dio a la estampa *El derrumbe* (México, Materia, 1946), una novela en donde denunciaba la situación de las mujeres de México, sobre todo, las más pobres, en la capital del país. Ya no era nada más obtener el derecho al sufragio, sino igualdad y justicia para nosotras. Eso ya abordaba Luzuriaga.

En México, hasta hace no mucho, las parejas que se casaban ante el juez del Registro Civil firmaban con sus testigos la unión legal y a ambos se les leía la famosa *Epístola de Melchor Ocampo*, a que obligaba la Ley de Matrimonio Civil. Quiero resaltar desde el principio que Ocampo era un liberal que participó en la Guerra de Reforma, uno de los momentos clave en la historia del México independiente. Lo anterior no debe pasarse por alto, porque fue a partir de 1859 que comenzaron a publicarse varias legislaciones que separaron a la Iglesia y el Estado. México es un país laico desde entonces y que siga así por siglos.

La Ley de Matrimonio Civil reivindicaba el matrimonio civil como el importante, no el religioso. La lectura pública de la epístola de Ocampo era una exhortativa a la pareja a llevar una buena vida juntos, forjar una familia, cuidar de los hijos y respetarse. En la concepción de aquellos tiempos —¡en una república liberal!—, el hombre debía agradecer a sus «dotes sexuales», «el valor y la fuerza»; por lo tanto, era su responsabilidad dar a la mujer «protección, alimento y dirección, tratándola siempre como a la parte más delicada, sensible y fina de sí mismo, y con la magnanimidad y benevolencia generosa, que el fuerte debe al débil». La mujer, a su vez, era la parte frágil, pues entre sus «dotes sexuales» se encuentra «la abnegación, la belleza, la compasión, la perspicacia y la ternura». Siendo así, en reciprocidad, ella «debe dar y dará al marido, obediencia, agrado, asistencia, consuelo y consejo, tratándolo siempre con la veneración que se debe a la persona que nos apoya y defiende».⁴⁰

Pese a lo obsoleta que pueda parecer, esa carta es muy valiosa, porque desde que se mandó leer en los juzgados a los casamenteros, se consignó que hombres y mujeres en México son libres e iguales ante la ley. El feminismo más reciente logró que la lectura de esta carta fuera suprimida en 2006, bajo el argumento de que violaba la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Todavía en 2016, desde el Congreso de Tamaulipas, se exhortaba a suprimir su lectura obligatoria en el estado de Tamaulipas.

Revisando periódicos viejos (es parte de mi trabajo, me gusta), descubrí que la definición de hombre y de mujer no variaba. Uno editado en Monterrey, el 18 de noviembre de 1911, reprodujo un texto de Victor Hugo, el famoso escritor francés, en primera plana: al hombre le es dada la fuerza, el cerebro, el genio y su aspiración es la suprema gloria; la mujer posee, a manera de balance, corazón, es el ángel, «el más sublime de los ideales» y su aspiración es la «virtud extrema». «El hombre piensa, la mujer sueña», «el hombre es un océano, la mujer es un lago», «el hombre está colocado donde termina la tierra, la mujer, donde comienza el cielo».⁴¹ Vaya que han cambiado los tiempos.

EL DERECHO AL DIVORCIO

Me detengo en otro suceso relevante: las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria que se llevaron a cabo en 1914, en Aguascalientes. Ya comenzaba a discutirse nuestra Constitución.

Los convencionistas discutían el artículo «XXI. Proteger a los hijos naturales y a las mujeres que sean víctimas de la seducción masculina, por medio de leyes que les reconozcan amplios derechos y sancionen la investigación de la paternidad». En torno a dicho artículo se formularon varios argumentos: que lo mismo valía proteger a la esposa que a la concubina; que no todas las madres lo eran de hijos naturales; que no todas las mujeres eran seducidas. Quedó aprobado de la manera anterior.⁴²

Enseguida discutieron el «XXII. Favorecer la emancipación de la mujer por medio de una juiciosa *Ley sobre el divorcio*, cimentando la unión conyugal sobre la mutua estimación y el amor y no sobre las mezquindades del principio social». Los convencionistas se oponían por considerar que el matrimonio era indisoluble y, a la vez, la base de la estabilidad de la familia. Uno de ellos afirmó que, si se consultara a la población, el 80% estaría en contra del divorcio. El convencionista coronel Federico Cervantes, quien estaba a favor, declaró:

Es común en nuestra sociedad que la mujer sea la esclava, y por eso los hombres mezquinos y egoístas llamamos a la mujer mexicana la mujer más llena de virtudes de todo el mundo, porque es la mujer que menos ha comprendido su papel principal en la tierra, y porque somos los hombres que de la manera más bestial o absurda golpeamos a la mujer o la obligamos a trabajar o a obedecernos.⁴³

Asimismo, se pronunció por la igualdad entre los sexos. «Queremos que la mujer no sea cosa ni sea esclava, ni sea menor por el hecho de ser mujer, queremos que la mujer por el hecho de ser un ser que fisiológicamente tiene más penalidades y más sufrimientos que nosotros [...] tenga, si es posible, más derechos y

consideraciones mejores que el hombre». ⁴⁴ El artículo fue aprobado.

No puedo omitir, aunque no me haya extendido, que durante esos tiempos también se puso fin a la esclavitud (1917). El 22 de julio de 1914 se promulgó la Ley del Divorcio (en donde subyacía la implícita aceptación de que la esposa no puede ser esclava del cónyuge). El 29 de diciembre de 1914 se estableció lo siguiente:

Fracción IX.- El matrimonio podrá disolverse en cuanto al vínculo, ya sea por el mutuo y libre consentimiento de los cónyuges cuando el matrimonio tenga más de tres años de celebrado, o en cualquier tiempo por causas que hagan imposible o indebida la realización de los fines del matrimonio, o por faltas graves de alguno de los cónyuges, que hagan irreparable la desavenencia conyugal. Disuelto el matrimonio, los cónyuges pueden contraer una nueva unión legítima. ⁴⁵

En esos tiempos, cuando se definían tremendos asuntos a favor o en contra nuestra, Felipe Carrillo Puerto, preso por el movimiento revolucionario, en 1912, le expresó a su hija Dora, de 14 años:

Las mujeres son tan libres como los hombres, porque somos hijos de ambos sexos y yo creo que no debo ser más que mi mujer, porque en ese caso cometeríamos una injusticia muy grande, como se está haciendo. Trabaja, hija mía, y así nomás te verás respetada y querida por los demás y así honrarás a la humanidad. ⁴⁶

En la presentación de la Ley del Divorcio se aceptaba que la legítima desunión es la única manera racional de «subsanan, hasta donde es posible, los errores de uniones que no pueden o no deben subsistir». Además, que la mayor parte de las parejas en México vivía en «amasiato» porque eran demasiado pobres para organizar una boda religiosa y firmar un acta de matrimonio. Como se dice ahora, casarse por la Iglesia y por el civil.

Desde entonces se empezó a hablar de la «incompatibilidad de caracteres». ⁴⁷ El periódico *El Pueblo*, en una simpática cróni-

ca durante los inicios de 1915, recreó la forma de pensar de las mujeres veracruzanas en torno a la nueva ley: todas, lo mismo «señoronas que las damitas remilgadas», están enteradas de los éxitos militares del Ejército Constitucionalista, pero también de la nueva Ley del Divorcio, que

las ha apasionado un poco; pero no temen que la cadena de flores que ellas saben tejer las deshaga el que tenga la suerte de ser cautivo de amor. Ninguno se divorcia más que cuando a la mujer le place —las excepciones confirman el aserto— y ellas lo saben, pues no hay mortal que resista el fuego graneado de unos ojos amantes, ni las palabras dulces de la compañera de nuestra vida.⁴⁸

LA POLÉMICA ENTRE SUFRAGISTAS Y ANTISUFRAGISTAS

El feminismo en México ha tenido, pues, varias denominaciones. Mencionaba líneas atrás la de «liberación femenina», pero en aras de acopiar más expresiones que conducen a lo mismo (la lucha a favor de las mujeres), encuentro mencionado «feminismo mexicano» en la voz de un orador anónimo que, en marzo de 1917, presentaba a Hermila Galindo como candidata a diputada federal. No exaltaba su condición de mujer, sino su capacidad, ser una «luchadora incansable». Algunos, en aquel debate, asumían que postular a una mujer era un «contrasentido que pugna contra la costumbre o, si queréis, contra la preocupación secular. Podría ir al fracaso por el peor de los caminos, ¡por el ridículo!».⁴⁹

El expositor desconocido reviró: «La señorita Galindo es un espíritu fuerte, es una vidente que tiende sus miradas lejanas hacia los horizontes del porvenir, por encima de todas las miopías y de todas las preocupaciones de su País y de su época». ⁵⁰ Y qué hermoso se lee lo que sigue: «está hecha de la madera de roble de la que son sus congéneres, las heroínas, republicanas y democráticas».

Tú, lector, lectora: ¿dudas de que todas las mujeres estamos hechas de roble? Yo no: estamos hechas de roble.

Hermila Galindo no ganó, pero escribió una reflexión aún más sorprendente: en la democracia hay que «saber perder». En ningún momento argumentó su condición de mujer. Se limitó a aceptar que «perder una elección significa no obtener la gracia de ocupar el primer puesto en servir una causa por el bien general».⁵¹

Pero antes, en el gobierno de Francisco I. Madero, las mujeres comenzaron a tener un lugar público. Madero, por así decirlo, era feminista. Fuera con apodos a la hora de escribir en los periódicos (que eran el principal medio de educación y formación política) o con sus nombres «de señorita» o de «señora casada», poco a poco salían del anonimato. Muchas participaron en la fundación de los llamados «clubes antirreleccionistas», pues —como se sabe— el lema del maderismo para combatir la dictadura de Porfirio Díaz se sustentó en «Sufragio efectivo. No reelección». Algunos nombres: Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, Dolores Jiménez y Muro, María Trejo, Rosa G. de Maciel, Laura Mendoza, Jacoba González, Dolores Medina y otras conformaron el club político maderista «Amigas del Pueblo». Casi de forma simultánea nació el Club Femenil Antirreleccionista «Hijas de Cuauhtémoc», también en 1910, en donde aparecen algunos de los nombres anteriores sumados a los de Julia Nava de Ruisánchez y Mercedes A. de Arvide, entre otras. Es difícil completar la lista aún.

Con el gobierno provisional de Venustiano Carranza, nuestras antepasadas avanzaron un poco más en materia de derechos. Fue célebre el Primer Congreso Feminista que promovió Felipe Carrillo Puerto en Mérida, realizado en 1916, en dos sesiones: una en enero y otra entre noviembre y diciembre. Desde este Congreso destacaba el derecho que exigían para poder votar. La pregunta elemental era esta: si la Revolución se inició por una reivindicación del voto, ¿por qué las mujeres no tenían ese derecho?

El Congreso Constituyente estableció lo siguiente:

Artículo 34. Son ciudadanos de la República todos los que, teniendo la calidad de mexicanos, reúnan además los siguientes

requisitos: I. Haber cumplido dieciocho años, siendo casados o veintiuno si no lo son. II. Tener un modo honesto de vivir.

Artículo 35. Son prerrogativas del ciudadano: I. Votar en las elecciones populares. II. Poder ser votado para todos los cargos de elección popular, y nombrados para cualquier otro empleo o comisión, teniendo las calidades que establezca la ley [...]⁵²

De los 190 diputados constituyentes, todos varones, unos pocos discutieron sobre la falta de aclaración respecto al voto de las mujeres. Declararon que tal redacción dejaba en la ambigüedad si ellas podían o no sufragar. El 23 de enero de 1917, cuando se discutieron estos artículos, el diputado Antonio Ancona Albertos ofreció estas razones aclaratorias en contra: hombre y mujer son sexos diferentes, y «en el estado en que se encuentra nuestra sociedad», la actividad de la mujer «no ha salido del círculo del hogar doméstico, ni sus intereses se han desvinculado de los miembros masculinos de la familia».⁵³ Agregó: «las mujeres no sienten, pues, la necesidad de participar en los asuntos públicos, como lo demuestra la falta de todo movimiento colectivo en ese sentido».⁵⁴ La mayoría prefirió no aclarar y se perdió una oportunidad de oro para que las mujeres pudieran expresarse en las urnas.

Estas palabras y el texto final de los artículos 34 y 35 habían tenido también opinión en la voz de tres mujeres, las cuales debatieron en las páginas de *El Gladiador*. Inés Malvárez dio sus razones sobre por qué debía posponerse el derecho de la mujer al sufragio. 1) No pueden «mientras no se hayan empleado algunos años en su educación»; 2) se pondría en peligro «la soberanía de la Patria, los principios constitucionales y la idea general de la Revolución»; 3) el clericalismo se apropiaría del Gobierno, y 4) si el hombre

no tiene suficientes conocimientos de lo que es el sufragio [...] la mujer en general está más incapacitada [...] puesto que el mismo hombre la ha descuidado dejándola entregada en el seno de un absoluto fanatismo [religioso], que le impide la libertad de pensar,

de aprender y ser capaz de llegar a tener el conocimiento exacto de lo que son los derechos individuales.⁵⁵

¿Una declaración así merece o no analizarse en su contexto? Pienso que sí. ¿En realidad era tan grande el poder de la Iglesia sobre las mujeres hacia 1917? Inés Malvárez consideraba, hay que asentararlo, que la mujer debe tener los mismos derechos que el hombre; pero, «por el momento», «solo debe concedérsele el de opinar y emitir libremente sus ideas».⁵⁶

Hermila Galindo respondió con estos argumentos: 1) el hecho de que «la mujer haya sido instrumento del clero no quiere decir que siempre lo siga siendo». Para sostenerlo, (igual que la anónima francesa que respondió a Dumas hijo), se refirió a la obra de John Stuart Mill, quien afirmó que «es más perjudicial que beneficioso para una nación que se declare con igual derecho político a la ignorancia que a la ilustración», parafraseó Galindo; 2) pensar que primero tienen que estudiar es «de cepa reaccionaria, pues [es] el aplazamiento de un eterno mañana que nunca llega [...] [y constituye] el mejor ejemplo de los retrógrados»; 3) el sufragio debe ser «restringido» por ahora, en efecto, para evitar que el voto femenino sea movido por el fanatismo religioso; así, pueden votar quienes «sean acreedoras [...] por su cultura y por su evidenciada contribución para el mejoramiento de la patria»; 4) es infantil que a la mujer solo se le conceda el «derecho de opinar y emitir libremente sus ideas», pues tal «siempre lo ha tenido»; 5) es una contradicción declararse partidaria de la Revolución y «abogar por que la mujer permanezca en el mismo estado de servilismo después de la Revolución, apoyando en esta forma los argumentos de los enemigos de la liberación de ella».⁵⁷ Concluye Hermila Galindo: «mientras la mujer no obtenga derechos políticos con el debido discernimiento [...] no podrá alcanzar los sitios a que su aptitud puede llevarla».⁵⁸

A la polémica se sumó María Campillo, días después: Hermila Galindo, escribió, no rebatió nada, solo dedicó renglones a hacer gala de erudición. No comprende que «el espíritu de la mujer es esencialmente conservador, a diferencia del espíritu del

hombre [...] [que] es liberal». ⁵⁹ Para ella, es de todos conocido que «todas o casi todas las mujeres» mantienen relaciones con la «facción clerical y, por tanto, con el partido conservador», por ende, sugerir que solo voten las que tienen una cultura o han probado su contribución para el mejoramiento de la patria es entregar el proyecto revolucionario a la Iglesia.

A Hermila Galindo, continúa María Campillo, «se le han indigestado los libros anarquistas y baratos que vende una conocida casa editorial, y ha salido a escape de la cocina de su casa, diciendo que ha prestado “indiscutibles servicios a la revolución”». No admite que «la política es una función que hasta hoy solo han podido desempeñar los hombres».

Y como Ricardo Flores Magón (se leerá más adelante sobre ello), Campillo termina su contestación rebajando los argumentos de Galindo al atacar a su persona: la llama «ex joven señorita». Y le recomienda conseguirse «un novio que la haga ver cuán equivocada ha vivido hasta hoy, quitando el tiempo a los políticos y viviendo como parásito». ⁶⁰

El día avanzaba
entre nosotros
las armas dividían
pero el nido no lo dejo de hacer
aunque no logre verte
ni decirte en medio del desastre
que eres el cielo
el mismo cielo
por el que se abrió fuego.

MINERVA MARGARITA VILLARREAL⁶¹

LOS DERECHOS DE LAS MEXICANAS

Así llegamos al movimiento sufragista. Primero aceptaron que podemos divorciarnos, pero no votar.

Desde 1912, gracias a la intervención de Francisco I. Madero, el voto de los mexicanos se convirtió en directo. La Revolución había comenzado con el lema «Sufragio efectivo. No reelección». Antes, en México, se reproducía el modelo estadounidense, es decir, de manera indirecta el elector elige a un candidato, pero en realidad el sufragio va para congresistas, quienes nombran en última instancia al presidente.

La Revolución mexicana en general, que germinó con la Constitución de 1917, nos permitió avanzar mucho más en derechos (y, por ende, en obligaciones) para todos en lo individual y en lo colectivo. Un repaso de ellos: el primero, somos libres y, por tanto, queda suprimida la esclavitud; el segundo, la nación es única e indivisible; el tercero, la educación es libre, laica, gratuita y de calidad; el cuarto, el varón y la mujer son iguales ante la ley; el quinto, libertad de trabajo; el sexto, la libre expresión de las ideas; el séptimo, la libertad de difusión de las ideas; el octavo, el derecho de petición; el noveno, el de asociación y reunión; el décimo, el de portación de armas con permiso oficial; el undécimo, el derecho de tránsito; duodécimo, no se conceden ni valen títulos nobiliarios, y el decimotercero, nadie puede ser juzgado por tribunales especiales. Nuestra Carta Magna así lo plasmó y de esa manera se convirtió en una de las más avanzadas en el mundo. Para 1926 se incorporó como derecho la libertad de culto o religión.

El repaso es muy veloz porque solo pretende aderezar el tema central, en este apartado, que es recoger los progresos en la lucha por los derechos de las mujeres. Sin duda, todos los anteriores obraron en nuestro beneficio; sin embargo, quedó pendiente el de votar y ser votadas, no solo en elecciones locales, sino para presidente. La legalización del voto femenino, en México, fue a partir de 1947; es decir, mucho después que otros países como Finlandia (1906), Noruega (1913), Dinamarca (1915), Alemania (1919), Estados Unidos (1919), y más o menos al mismo tiempo que otros como Perú (1955), Chile (1949), y mucho antes que otras naciones como Suiza (1971). En muchos países, especialmente en naciones teocráticas o reinos (monarquías parlamen-

tarias), donde la democracia no es directa o el poder se hereda entre consanguíneos sin elecciones, las mujeres siguen siendo tratadas como esclavas, sin derechos de expresión ni asociación. También hay regímenes totalitarios o dictaduras, en donde no es permitida la pluralidad política ni el derecho a la información, entre otros.

Bien reflexiona Habermas: en las constituciones modernas hay un reconocimiento «que protege la integridad del individuo, incluso en los contextos de vida que configuran su identidad».⁶² Eso ocurrió con la Constitución Mexicana. Pero dejó muchos pendientes que, a lo largo de más de cien años de su promulgación, se han ido resarcando. Habermas indica que precisamente «una realización consecuente» de movimientos sociales y luchas políticas han sido las encargadas de mover esa incorporación a lo que quedó desdeñado en la redacción. Esto puede comprobarse, afirma, nada más repasando «la historia del feminismo, que siempre debió acometer nuevas embestidas para poder alcanzar sus metas jurídico-políticas frente a fuertes resistencias».⁶³

Con el poder del voto en la mano, el feminismo mexicano comenzó a proponer peticiones más peculiares y no generalizadas u homogéneas: la reivindicación por derechos tales como tener o no hijos (el aborto incluido), la diversidad sexual, mejoras económicas para las trabajadoras; guarderías o albergues para madres trabajadoras, etc. En los años recientes arreció el tema de la paridad de género tanto en puestos gubernamentales como en los de elección popular, incluso en la iniciativa privada. Los avances han sido veloces y en ello se ha fusionado la presión social y la voluntad de gobernantes. En la actualidad, con fines políticos —me parece—, la lucha feminista se ha fragmentado y esto resta a la causa.

LIBRES E IGUALES

Ni el Estado, ni el Gobierno, ni la Iglesia, ni el pastor tienen por qué decidir dotes, fuerzas ni responsabilidades de cada parte del

matrimonio, como sea que esté conformado. La vida marital (o no) corresponde vivirla (o no) a individuos libres que por común acuerdo forman una pareja o familia. Cada mexicano y mexicana mayor de edad es libre e igual ante la ley y, por tanto, responsable de sus actos. No existe, repito, ineludible ni forzosa sujeción de uno o de otro ni a sus personas ni a sus empleos o responsabilidades. En términos legales así es. En términos convencionales o morales cada pareja decide y nadie fuera de ella tiene potestad alguna. El día en que en la práctica quede absolutamente esclarecido que ninguna esposa, novia o prometida está sujeta a las decisiones de su marido, novio o prometido, México en verdad habrá dado un gran paso.

Conociendo —como he dicho— a miles de mujeres mexicanas, puedo afirmar que la criatura que toda mujer lleva dentro, en sus entrañas, en su concepción de la vida, aún debe trabajar por algo más importante aún: la valoración de sí. Le llaman también autoestima.

Me miro en el espejo y debo comenzar a reconocermelo como estoy. Me parezco a alguien (un familiar) o adquiriré los gestos o expresiones de quienes me rodean. Mi vida ha transcurrido de esta manera y he decidido narrarla así o así.

¿Cómo te cuentas tu vida? De esa manera, para empezar, comienzas a valorar tu existencia. Ninguna criatura femenina está predestinada a estar detrás del hombre, arriba de él o lejos de él. Somos un todo: desde nuestra esencia animal (salvaje, instintiva) hasta nuestra esencia racional. La mujer mexicana tiene que hacer ese repaso personal, encontrar los hilos que conectan entre sí y le dan valor y sentido a su existencia, pero también detectar cuándo se perdió el vínculo.

Trasmontar y ser consciente de ello nos permitirá la verdadera dimensión individual y singular que somos. El reto es enorme: en todos los lugares existe de manera real o imaginaria algún adversario que puede deteriorar nuestra estima. Por ello, la mujer que se quiere debe ir avanzando a paso firme y con algo de sigilo. Lo expreso por experiencia propia. Las victorias íntimas son producto de largos esfuerzos en los que no hubo ayudantes

de facto, sino, antes bien, una abundancia de agentes opositores, con o sin intención de frustrar nuestra propia valoración.

En el transcurso de la vida, las mujeres mexicanas —es mi deseo— deben abrazarse mucho más, admirarse de sí mismas y de sus capacidades, y no esperar a que vengan de fuera a reconocer ese progreso o victoria, no. Lo que veo en nuestra sociedad es, antes bien, un deseo involuntario de que caiga sobre nosotras la ruina. Ese es el patriarcado, la raíz bajo la tierra: el control que otros suponen que pueden y deben ejercer hacia el resto. Por ello la propuesta: ¿por qué no miramos nuestras propias raíces y exploramos el advenimiento del primer tallo? ¿Por qué no observamos cómo crece nuestro tronco, salen las ramas, luego otras, las hojas y hasta las flores, bellas como son? Ahí está el roble fuerte que somos.

De ninguna manera esta proposición de mirar hacia adentro para sacar de ese viaje nuestra propia estima está relacionada con la práctica de un ejercicio evasor, consistente en culpar al prójimo de nuestra incapacidad, desgracia, pérdida o ineptitud. Si en el álbum de los recuerdos ha quedado clara aquella retahíla de que éramos seres inferiores, el «sexo débil» y otras etiquetas, no es una buena estrategia acusar a otros de lo que no hacemos por nosotras mismas. Tampoco lo es ejercer un poder patriarcal hacia nuestras semejantes.

Oh, my mama told me,
‘cause she says she learned the hard way,
she say she wanna spare the children,
she say don’t give or sell your soul away,
‘cause all that you have is your soul.

[¡Oh!, mi madre me dijo,
porque aprendió de la manera más difícil,
que quiere salvar a los niños,
que no des ni vendas tu alma,
porque es todo lo que tienes].

«All that You have is Your Soul»,
TRACY CHAPMAN

III

LA RESISTENCIA

DEFINICIÓN

Este término debo definirlo primero porque a menudo ocurre, en pláticas privadas o públicas, que se da por hecho o por consigna que tal palabra significa lo mismo para todos. Esto no es así. Cualquier observador del lenguaje se ha percatado de que los significados cambian hasta para él mismo. En la infancia, la adolescencia y la juventud, usamos determinados términos con insistencia. Pasan esas épocas y vienen las siguientes camadas y estamos ya empleando otro léxico, refiriéndonos a otros temas y, en fin, aprendiendo, como supongo que debe ser.

Concretar un concepto o una idea es lo óptimo para discutir sobre un tema. Sin embargo, cuando definimos, también tenemos que dejar fuera otro posible significado para la misma cosa nombrada (referente). Quiero poner en la mesa un primer término que para mí es sustancial en este libro: resistencia. Y, como es cosa seria hablar de resistencia, a mi manera haré un corto viaje para hallar su sentido y esclarecer por qué hoy me es muy significativa.

Al menos para nuestra cultura occidentalizada, la noción de resistencia fue heredada al cristianismo y es en el libro del Apocalipsis donde se le confiere el propósito de ser *resistencia en acción*. De hecho, por tradición, la apocalíptica (corriente literaria y teológica del judaísmo) «era una vía alterna a la revolución armada».¹ El Apocalipsis, cuyo escritor es Juan, habría sido redactado en griego en tiempos de la persecución contra los cristianos en Roma, entre el régimen de Nerón y después del de

Domiciano (siglo I), según los estudiosos. Es un libro de imágenes y símbolos, sin duda, y sobre él se ha figurado cualquier cantidad de interpretaciones, sobre todo a partir de la «bestia» y el «cordero», palabras que, para el tiempo de su escritura, remitían al poder, el sometimiento, la opresión, la marginación, el autoritarismo y sus contrarios.

Tomo un excelente comentario de Tarcisio H. Gaitán Briceño y Catherine Jaillier Castrillón: «La bestia no genera respeto sino miedo. Los hombres obedecen y creen en lo que sale de su boca porque de ella salen llamas que consumen y los hacen cenizas».² ¿Qué hacen los seres humanos ante el miedo? ¿Se quedan petrificados? Me extiendo solo un poco más para levantar hacia el aire la consideración que cada cual pueda ofrecer: muchos intérpretes del Apocalipsis indican que en ese libro no solo se habla de una «resistencia» en tiempos de tiranía o falta de libertades, sino que se trata de una resistencia adjetivada: es acción, espera, esperanza.

La resistencia tiene su origen en el antiguo latín *resistentia*. Dicho sea de paso, para mí es muy útil conocer de dónde vienen las palabras que empleamos porque nos dan una significación primaria. También se corre el riesgo de incurrir de manera incisiva en la falacia etimológica, es decir, que el significado de una palabra no cambia nunca y es forzoso tomar como única descripción lo que desde su raíz se definió de ella. La lengua está viva. Lo que significa hoy algo quizá durante siglos remitió a otros sujetos y objetos.

El desglose que he realizado sobre la palabra *resistencia* me parece, en este momento, que sobrevive al paso del tiempo y hoy vale lo mismo que en aquellos siglos. Puede ser que, estudiando más, reniegue en un futuro de lo anterior porque así es el entendimiento: un proceso de estudio y actualización constantes. Pero sí me gusta la idea de que *el resistente*, entonces, sea quien se mantiene firme, de pie, no abatido, sino que se halla dignamente sostenido esperando a que pase el tormento, el vendaval, el huracán, el mal tiempo. No se ha caído. Está observando con el cuerpo reforzado sin dejarse ir, asegurando el sitio que

ocupa; está en una inmovilidad necesaria, pero al mismo tiempo en acción para que el viento no lo arrastre. Está alerta.

LOS RESISTENTES

Sin duda, el resistente cree que no siempre mantendrá esa postura (ni física ni mentalmente). Tiene la convicción de que el tiempo hará su trabajo y en algún momento podrá descansar, bajar los hombros, quizá sentarse, beber agua, caminar un poco y dormir. Es decir, tiene la conciencia de que ningún mal es eterno y que el bien (siguiendo la dicotomía o antítesis de los antiguos griegos) acabará por aparecer más adelante si se tiene paciencia, sin henderse, y tal holgura podrá permitirle continuar la difícil lucha que él y otros enfrentan o enfrentarán. La resistencia también tiene como cualidad que no confronta, no ataca y no agrede. Consiste en conservar los pies firmes. Por ende, la resistencia es inherente a la esperanza. Quien no confía en un porvenir mejor pierde perspectiva; cuando lo acomete ese rasante mal viento, avanza derrotado hacia cualquier parte.

Los resistentes sabemos que hay agua que corre. A veces aparece un lanzallamas o un agorero del mal, al mismo tiempo que, bien sostenidas las piernas, vemos pasar absurdos o maldiciones porque confiamos en que vendrán corduras o parabienes, o que no vendrán, pero algún día terminará el tiempo de mantenerse en medio de la vorágine y podremos bajar los hombros, incluso agacharnos para recoger hojas o flores. Los resistentes apreciamos mucho mirar el piso y ver qué ocurre.

Ahora bien, resistir no siempre significa ganar, ya sea en ese momento o después. Los que resistimos no buscamos la victoria, sino, sobre todo, deseamos no decaer. Resistir solo denota, para efectos de la explicación que quiero ofrecer, que cuando se viven esos tiempos convulsos en la casa, en la comunidad, en la nación o en el mundo, mantenerse de pie es la mejor manera de estar. Pero estar de pie no garantiza salvar la vida. Hay muchos acontecimientos fuera de nosotros que pueden atacar esa postura

ante la vida. Nos pueden asesinar. Dicho de otro modo menos cruel: se puede morir en resistencia. Y morir en actitud resistente y activa es dignidad. Si libramos las convulsiones, resistir se tornará en una afrenta para continuar con los pies firmes luchando por aquello que se quedó suspendido o trunco; incluso resistir puede convertirse en un tiempo que necesitamos vivir, lo sepamos o no, lo queramos o no. Antes, durante o después, la resistencia nos obliga a pensar en los objetivos o metas que nos mantienen en vilo.

La lucha por las causas que defendemos debe ser clara, porque de lo contrario, si no sabemos por qué enfrentamos adversidades, los que resistimos podemos terminar desilusionados, comenzar a sentir un cansancio o una rabia que se tornará crónica y pasar el tiempo enfurecidos, con deseos de venganza, en la maledicencia y otras conductas que se ven todos los días en todas partes.

La resistencia la entiendo como una causa superior y por ella todos los sacrificios tienen sentido. No haber sido vencidos moralmente puede ser, cuando la resistencia termina, la oportunidad de razonar de nuevo sobre qué no pudimos hacer en ese lapso en que no había condiciones para emprender las tareas que nos conducirían a cumplir sueños e intenciones propios, de nuestra familia, de nuestros amigos, de la comunidad, de la nación, del mundo.

Por ejemplo, las guerras armadas (porque hay psicológicas, mediáticas, propagandísticas y de otra ralea) tienen por objetivo que una facción venza a otra. Ahí aparecen miles de resistentes que lidian contra todos los inconvenientes que derivan de un conflicto bélico: desde la pérdida de la paz social, el uso de armas, la toma de partido sobre las partes en conflicto, hasta la absoluta incertidumbre de quien, por ejemplo, se convierte en refugiado para salvar a su persona o a su familia.

Lo único bueno de las guerras bélicas es que tienen fin. Por eso, en tiempos de paz social, todas las naciones buscan retomar aquello que fue suspendido. Incluso antes de ello hay que reconstruir lo destrozado. Berlín es un buen ejemplo de esto último.

No creo que exista periodo de posguerra alguno en donde los sobrevivientes y sus líderes no se interroguen incluso acerca de cómo se delinea un nuevo tiempo. Después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, la mayor parte de las proposiciones filosóficas se encaminó hacia el terreno de la ética para explicar por qué, palabras más, palabras menos, nos matamos entre nosotros. ¿Qué motiva a los individuos, desde el punto de vista social, a unirse a un movimiento armado? ¿Es una decisión voluntaria o una obligación? Lo mismo da la respuesta. Hay guerra. Todas las guerras, se supone, defienden algo. No surgen nada más por una tendencia biológica del ser humano o del colectivo a imponerse por la vía de la fuerza sobre otro. En todas las naciones, curiosamente, glorificamos a quienes han salido victoriosos de guerras violentas. ¿Realmente necesitamos más guerras para lograr qué?

EL REBAÑO Y LA LIBERTAD

En todas las conflagraciones hay héroes, sobrevivientes, malvados, perjudicados, villanos, bienhechores y jefes silenciosos. Ponerles el nombre que tuvieron es darles su merecido reconocimiento, sobre todo a las víctimas y a los bienhechores. Pero si no llegamos a saber cómo se llamaban, cualquier persona que viva en este planeta en el siglo XXI debería comenzar a contar la historia a partir de la perspectiva de *los-sin-nombre*. No solo el héroe encarna el propósito que lo llevó a encumbrarse. Junto a él, detrás de él, sin lugar a duda, había otras caras con sus propias historias echadas a los hombros, que lo seguían por convicción, por obligación, porque no había otra opción, o simplemente por ser «borregos», si el término les parece. Para Friedrich Nietzsche, este concepto incluso lo llevó a afirmar que los seres humanos no somos en absoluto libres, y que la mayoría de nosotros solo es parte de un rebaño.

Reflexionemos un poco más sobre lo anterior: en *La genealogía de la moral* (1887),³ Nietzsche define que hay dos clases, la

de los señores (donde caben los militares y los sacerdotes) y la de los esclavos (los débiles, los enfermos; el resto, pues). En *Más allá del bien y del mal* explica que, si no somos de la primera clase, somos de la segunda. El esclavo es «un animal de rebaño, servil, enfermizo y mediocre, el europeo de hoy».⁴ Ese europeo cristiano que describió el filósofo, a finales del siglo XIX, estaba en absoluta decadencia. Nietzsche, por ejemplo (no olvide el lector en qué época publica su libro) opina que mando y obediencia, si pensamos en un campo de batalla, convergen porque en el hombre hay una «voluntad específica de obedecer [...] que es exacerbada por el cristianismo proponiendo a Jesús como el pastor al que hay que rendirle culto y sacrificarse por él».⁵

El fenómeno «hombre rebaño», como le llama, se debe a que hombres y mujeres ya han sido domesticados en la obediencia sin preguntarse mucho o nada al respecto de lo que hacen y siguen de forma ciega a su pastor. Este hombre domesticado, esclavizado —el *borrego*—, se subsume ante el «malvado» (cualquiera de la primera clase: militar o clérigo) con abnegación bondadosa, pues en esta vida terrena no habrá justicia, pero sí una recompensa que será dada en el Cielo; esta es la promesa de salvación. Los fuertes seguirán siendo malvados e, instintivamente, el resto de los mortales querremos ser buenos (*instinto de rebaño*). Así, colocaremos a los «señores» en el terreno de la perversidad, sabiendo que al menos nosotros somos buenos. ¿De verdad somos puro rebaño? Es una buena pregunta para quienes, como yo, somos pueblo. Si a algún lector le punza «somos pueblo», va atenuado en inglés: «We Are the People», porque en inglés lo dicen sin pudor alguno.

Simone Weil, en el capítulo «Meditaciones sobre obediencia y libertad» que se encuentra en su obra *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social* (1934), considera que hay una sumisión de una mayoría a una minoría, conformada por *las masas*. Esto es el resultado del triunfo de lo pesado sobre lo ligero. Toma el caso Galileo Galilei, del siglo XVII, para explicar cómo el científico tuvo que «enfrentarse casi solo a un grupo especializado de hombres que hacían interpretación de las Sa-

gradas Escrituras». ⁶ Antes describió lo difícil que fue para las primeras comunidades cristianas su práctica religiosa. Para las autoridades, estas iglesias representaban un peligro para el orden establecido: ⁷ los adeptos fueron perseguidos, torturados, y su doctrina, censurada.

Weil no es tan negativa pese a todo lo que ocurría en su entorno, pues admite que en ciertos momentos de la historia acaece que este predominio minoritario se revierte y son *las masas* las que emergen sin que nada ni nadie pueda detenerlas.

Así lo interpretó Weil en torno al cristianismo. Cambio de ejemplo. Gandhi se refirió a su propia religión, el hinduismo, pero se declaró abierto a otras: «No soy un literalista y, por tanto, trato de comprender el “espíritu” de las diversas Escrituras del mundo [...] El conocimiento no puede ser prerrogativa de una clase o sector determinado». Gandhi concibe que para asimilar «verdades más elevadas» se requiere preparación adecuada o preliminar: como quien intenta resolver cálculos algebraicos sin tener conocimientos básicos de matemáticas. ⁸

El tema de las religiones, la mirada ajena sobre las de los demás, el estudio de los contextos en los que surgen y cómo modelan el pensamiento actual, incluso en cuestiones que salen de ellas (la vida civil, la vida política), dan para mucho más que lo que aquí ofrezco. No puedo abrir más mis paréntesis. Solo anoto, a propósito del rebaño y la libertad, lo que aportó José Ingenieros. Convencido del daño que causó a los individuos la clasificación entre liberados y oprimidos, víctimas y victimarios, por esa aceptada hegemonía de una clase que manda y otra que obedece, en *El hombre mediocre* (1913) sintetizó que, para salir del *rebaño*, era indispensable romper arquetipos. «Es propia de gentes primitivas toda moral cimentada en supersticiones y dogmatismos. Y es contraria a todo idealismo, excluyente de todo ideal».

Los ideales, escribió Ingenieros, «nacen y mueren, convergen o se excluyen, palidecen o se acentúan». ⁹ Entonces, quien no rompe la barrera de la mediocridad (creer en el justo medio), seguirá siendo un borrego pastoreado. Este libro ha sido muy

importante para decenas de generaciones en América Latina que han luchado por la igualdad, la justicia y la libertad. Quizá ya lo conoces. ¡Lectoras más jóvenes, no dejen de leerlo!

LAS RESISTENTES DEL PASADO Y LA CALUMNIA

Derivado de estos planteamientos disruptivos del siglo xx que apenas esbocé, se forjó la conciencia de generaciones en Europa y en América, y por supuesto en México, de la cual surgieron, en buena medida, movimientos sociales como el de la defensa de las mujeres.

Se habla de héroes, villanos, buenos, malos... ¿y las mujeres, entre tanto, son meras espectadoras de las luchas entre hombres? Para nada. Las mujeres siempre han participado en las transformaciones del mundo, aunque no se conozcan sus nombres o muy pocos de ellos. Menciono a una de la cual sí se puede saber más y quien ejemplifica cómo desde los sectores más progresistas de la historia de México faltaba (y falta) el reconocimiento de la individualidad femenina y su capacidad para aportar y transformar el mundo que le rodea: Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, también conocida como Juana Belén o María Juana Francisca Gutiérrez Chávez. Lo «de Mendoza» es porque se casó con un señor de apellido Mendoza. Hago notar esto porque en su tiempo, y aún en el nuestro, todavía hay mujeres que indican en su nombre su estado civil, algo que les es imprescindible para la vida social. Para mí no lo es.

Gutiérrez de Mendoza [o Gutiérrez Chávez] nació en Durango en el siglo xix. Se casó con Cirilo Mendoza y tuvieron tres hijos: Santiago, Julia y Laura.¹⁰ Se atrevió a mucho, esa es la verdad: a denunciar las penurias económicas y laborales de los mineros en Coahuila, enviando notas a *El Diario del Hogar* bajo un pseudónimo. No solo eso. Después se posicionó como antagonista activa al régimen de Porfirio Díaz, el gobernante que más ha durado en el poder en México (34 años), a partir de lo cual se inició la Revolución mexicana en 1910. Se mudó a Guanajuato y fundó el periódico *Vésper* (1901).

Querida lectora, reflexiona sobre ello: Juana Belén era una pública opositora al régimen en el siglo XIX a través de su periódico. Hoy, seamos honestas, cualquier mujer puede levantar su dedo y afirmar que se opone al régimen. Incluso es aplaudida por ello. Es más, puede llevar lejos su osadía y afirmar que, si la ofenden, dicen alguna vulgaridad contra ella o la atacan, se incurre en «violencia política de género». Juana Belén no podía argumentar eso, y hacía bien, porque quien incursiona en la oposición entra de par en par. Eso es equidad. Un hombre o mujer en la vida política no puede asumirse inferior y, a partir de ello, acusar alevosía masculina o femenina. En el ring o fuera de este, somos hombres y mujeres de combate. El sexo no es condición para elevar o reducir al oponente y quien utiliza su supuesta superioridad o inferioridad de género quiere que nos compadezcamos porque es hombre o mujer vulnerable, lo cual es una contradicción.

Por esa digna lucha desde el periodismo (vía pacífica), Juana Belén pasó por una dura batalla de calumnias en su contra a las que resistió con mucha valentía. Por ejemplo, Jesús Martínez Carrión publicó una caricatura suya, en 1906, en donde esta mujer aparece abrazada con otra y en actitud pasional, arrebatándose los besos; una tercera figura lava ropa y como que no la mira. El dibujo se titula «Redacción de Juanita», acompañado de estos versitos: «Quiso hacerse literata / y lo hizo de tal manera / que logró el alto renombre / de “Juana la tortillera”». Para entonces, la tortillera era una mujer vulgar, sucia, capaz de tener sexo con cualquiera; la tortillera era como la prostituta. ¿Cómo se atreve una mujer a querer ser escritora (literata, periodista) y competir con los hombres de letras? Para atacarla, rebajarla, acabarla, nada mejor que reducirla a ser el peor ejemplo social: el de la vulgar tortillera. La Magdalena, la prostituta; lo opuesto a la Virgen.

Como ejemplo de que la igualdad entre hombres y mujeres no se hace realidad nada más a través de la ley, Juana Belén se convirtió realmente en una periodista muy famosa en los círculos liberales. Tras fundar *Vésper*, los editores de *Regeneración* le dieron la bienvenida:

La Sra. Juana B. Gutiérrez de Mendoza acaba de fundar en Guanajuato un periódico liberal, *Vésper* destinado a la defensa de las instituciones liberales y democráticas [...] *Vésper* está destinado a desempeñar un importante papel en este momento en que los buenos mexicanos luchan contra el personalismo entronizado, para preparar el advenimiento de una era de progreso para nuestra patria.¹¹

Atemorizados por el contenido, personajes de la Iglesia católica y el gobernador de Guanajuato procedieron a confiscar su imprenta en 1901. Se trasladó a México para contar con un poco más de garantías y protección, y fue cuando se adhirió al partido liberal de los hermanos Flores Magón; por su activismo acabó encarcelada (ellos también) y en el reclusorio conoció a la presa Elisa Acuña y Rosete, a finales de 1903, con quien seguiría editando el periódico desde Estados Unidos una vez que obtuvo su libertad.

De ese tiempo, parece ser, proviene una relación de Juana Belén, presuntamente amorosa, con Santiago de la Hoz. Ocurrió que un día, el 20 de marzo de 1904, viviendo en el exilio, Enrique Flores Magón y Santiago de la Hoz se encontraban nadando en el Río Bravo, del lado estadounidense. Fue una actividad de esparcimiento que se convirtió en tragedia y sobre la cual hay dos versiones: que Santiago se ahogó a causa de unas olas que hicieron remolino, o que ahí mismo Enrique lo atacó hasta que logró hundirlo. Juana Belén creyó la segunda versión. De por sí, los liberales exiliados estaban divididos: ella había optado por dejar el anarquismo magonista e inclinarse por la propuesta liberal y democrática de Camilo Arriaga.

El cambio de postura de la escritora despertó la ira de Ricardo Flores Magón en cartas y luego en las planas de *Regeneración*. La señora Juana Belén ahora se dedica a «obstruir los trabajos del Partido Liberal», escribió Ricardo. Toda una plana de su periódico —se queja— para atacar.

No contestamos las sátiras superficiales de «*Vésper*» porque nos hemos propuesto emplear las páginas de «*Regeneración*» para

asuntos de verdadero interés [...] Por lo demás, no nos escandalizamos: reconocemos a la señora de Mendoza el derecho de juzgarnos como mejor le plazca y por hacer esfuerzos por arrebatar-nos la confianza de los liberales en provecho de ella y de Camilo Arriaga, que quisieran estar en nuestro lugar.¹²

En ese mismo artículo, ridiculiza un poco: «doña Juana podría suponer que tememos sus grandes revelaciones», pero le aconsejamos que «si no quiere perder la estimación de los liberales», mejor haga sus análisis con crítica y seriedad para no hacer de *Vesper* «el palenque de un pleito de comadres».¹³ En la siguiente edición desacreditó a la directora Juana y a Camilo Arriaga, su mentor, para obrar de mala fe y calumniar al periódico, al partido y a la Junta Organizadora.

Pero Ricardo cayó en la tentación de «golpear» a la persona y no ofrecer argumentos y, para el número que siguió, la retomó contra Arriaga, *Vesper* y Juana. Incluso revivió el episodio de Santiago de la Hoz y dejó entrever si este no habría sido también «traidor y malvado». Le pregunta a ella por qué ataca con rodeos, y la emplaza: «Las verdades se declaran con sencillez mientras que las calumnias se traman con dificultad». Ella se cree «el centro del universo» y tiene «delirio de grandeza».¹⁴

Por último, en una misiva que se hizo pública, dirigida a Crescencio Márquez, de 1906, le compartió algo «asquerosísimo»: «cuando estábamos en San Antonio, supimos [...] [que ambas, Juana Belén y Elisa Acuña] se entregaban a un safismo pútrido que nos repugnó [...] era vergonzoso que se nos siguiera viendo con las mencionadas señoras [...] Nosotros pensamos que era indecoroso [...] y procuramos alejarnos de ellas, pero sin darles a entender que nos daban asco».¹⁵

Francisco I. Madero, en una carta también a Crescencio Márquez, de 1906, confesaba:

No me gusta la política que han seguido esos señores Magón, pues sin distinción de ninguna especie insultan a todo el mundo [...] [por ejemplo] a liberales tan inmaculados como el ingeniero Camilo

Arriaga y se ponen a manchar las hojas de su órgano con los insultos más soeces hacia una señora.¹⁶

¿Qué relación tenía que el haberse separado del movimiento liberal con el hecho de que Juana Belén fuera lesbiana o no? Los ataques a las personas por su sexualidad son bajos porque no constituyen un argumento válido. Se combate con ideas, no con ataques a la persona.

¡Yo no acuso!

Yo no quiero acusar. Los que me hieren,
pueden hacerlo hasta saciar su rabia.
No he tratado de esquivar un solo golpe
ni he empañado mi pupila alguna lágrima,
ni he querido a los golpes que me acetan,
oponer la cobardía de una coraza.

Yo no quiero acusar. Los que me hieren,
me hieren por la espalda.
Mal pudiera acusarlos si en las sombras
jamás les veo la casa;
ni he sabido con qué arpones me clavaron,
ni cómo se llaman;
y supongo que son víboras tan solo
porque oigo que se arrastran...

Yo no quiero acusar. Donde hay cobardes
que hieren a mansalva,
son cobardes los testigos que los miran
y es cobarde también quien los emplaza
¡Jamás se debe mendigar la justicia
cuando se debe ejecutar venganza!

¿Ante quién he de acusar?... Si son los jueces
miembros mellizos de esta sociedad menguada,

acusar es poner la otra mejilla
y recibir la segunda bofetada.

JUANA BELÉN GUTIÉRREZ DE MENDOZA¹⁷

Ya mencionados algunos nombres de mujeres que participaron en el movimiento liberal y en la Revolución, también en el movimiento sufragista, no quiero omitir a otras luchadoras cuando se saben sus nombres: Concepción Arredondo de Rivera fue asistente de edición de *Regeneración*; Teresa Arteaga Brousse, propagandista, y repartía volantes del Partido Liberal Mexicano, aunque se separó de los hermanos Flores Magón en 1918; su prima María Brousse de Talavera, también apresada, como casi todas por los Gobiernos de México y de Estados Unidos, por su activismo político; Hermenegilda Ávila, Paula Carmona, Basilia Franco, Isaura Galván (activista mexicana en Los Ángeles); Florencia L. Hernández, quien, junto con otras mujeres, como Francisca J. Mendoza, formaron el Comité pro-liberación de los hermanos Flores Magón, detenidos en Los Ángeles. Así como Juana Belén, se separó del magonismo en 1905. Hay que incluir a Sara Estela Ramírez, escritora, profesora, organizadora de clubes liberales; a las hermanas Teresa y Andrea Villarreal González, quien en 1911 también se incorporó a las filas del maderismo. Felipa Velázquez, por ejemplo, fue enviada presa a las temibles Islas Mariás, por su participación con sindicalistas y obreros.¹⁸

Para todas ellas, las ideas se hicieron acompañar de las acciones. Hermila Galindo, pionera del feminismo del siglo xx, era muy brillante, cultivada, reflexiva. Entre 1919 y 1920 definió cuáles eran los temas prioritarios de México, que resumió desde el título de un artículo: «saciar el hambre y la sed de justicia del pueblo mexicano es la más alta obra de moralidad político social». Al desarrollar la idea, destacaba varias cosas: antes de la Revolución «todos los errores políticos» se debían a la «prostitución de la justicia»: «el tapete verde sobre el cual se jugaban las cartas, la suerte y la vida del justo».

Y el vicio estribaba no solo en la inmoralidad y en la prostitución de los funcionarios encargados de administrar la justicia, sino que reconocía como causa esencial el estadio defectuoso en que las leyes habían sido concebidas por hombres que, atentos solo a favorecer los intereses plutocráticos del grupo dominante, las habían hecho a propósito para que ellas [las leyes] se prestaran a las involucraciones de la moral y a todos los atentados contra la equidad.¹⁹

Todo era más difícil antes de la Revolución para nosotras, aunque al cabo de este movimiento insurgente no se acrecentaron otros de nuestros derechos de manera automática. Ser profesional de algo era impensado. La primera médico fue Matilde Montoya, quien atravesó un sinfín de obstáculos para titularse. *La Mujer Mexicana*, mensual que había comenzado a circular desde 1904, dedicó páginas y páginas a hablar de sus aportes. Ella abrió el camino para que otras pudieran ingresar a la carrera de Medicina. Sirva decir de paso que, para entonces, las mujeres que sabían leer y escribir eran poquísimas. Hacia 1910 los analfabetos²⁰ constituían el 74%, quizá más. Diferentes censos poblacionales nos permiten saber cuánto se ha avanzado en el siglo: en el de 1990, las mujeres representaban el 15%, mientras que los hombres, 9.6%. En el último, de 2020, las analfabetas son el 5.5%, y ellos, el 3.9 por ciento.²¹

Pocos años después, en ese mismo medio de difusión, se publicó la tesis de otra nueva médico, Antonia L. Ursúa.²² Se incluyó una carta de felicitación de parte de María C. de Kattengell, fechada en Mapimí, abril de 1908. Escribe lo que hoy muchas argumentamos:

Desde los primeros albores de la civilización la mujer ha ejercido grande influencia en la humanidad, aunque no siempre se le hayan concedido los mismos derechos de que hoy goza, hemos visto destacarse en la Historia personalidades que han adquirido renombre por su heroísmo, su talento, sus virtudes.²³

Termino este apartado con una reflexión. La resistencia puede convertirse en una forma de vida.

He dejado por escrito estas anécdotas documentadas solo como un apunte general. Pero la realidad es esta: en la historia de México hay millones de mexicanas que llevaron a cabo actos heroicos, nobles, dignos de encomio y nadie sabe sus nombres y quizá no los conoceremos, porque se consideraba una osadía dar la cara para la defensa de derechos y defender a la patria. Quienes lo hicieron, arriesgaron su vida (incluso la perdieron), fueron humilladas, perseguidas, calumniadas, acosadas. Eso no las inhibió. Detrás de ellas, hay un poderoso contingente de mujeres anónimas. México les debe un monumento, como mínimo; el monumento a la heroína anónima. Fueron resistentes sin pedir a cambio fama, ni diplomas y esculturas, ni escribir en los grandes recintos su nombre con letras de oro. Seguirá habiendo mujeres de roble detrás de cada gran transformación y lucha. Mi más alto respeto para ellas, las ignoradas, las desconocidas, las olvidadas.

Ellas supieron, como hoy, que los resistentes estamos en constante acción, considerando que todo permanece en movimiento y que la paralización no está en nuestros planes. Las resistentes saben descubrir las oportunidades para actuar. «La actividad pasiva no transforma nada formalmente», como señala Bajtín.²⁴ Y no, no hace falta para millones que se nos aplauda a rabiarse, que se nos enaltezca por encima de otros; tampoco que nos otorguen bulas ni usen nuestros nombres como ejemplo a seguir. Así como nuestras predecesoras, que buscaron dignificar a nuestro género y sobre todo a México, así como las que hoy son resistentes y casi inmunes al agravio, lo hemos hecho por los demás, sin condiciones, sin pedir nada a cambio.

IV EL SILENCIO

Tú quieta, aunque
el trapecio todavía se mueva
y te delate.

Leer y releer una frase,
una palabra, un rostro,
sobre todo los rostros,
y repasar, pesar bien
lo que callan.

«Se recomienda»,
IDA VITALE¹

Los resistentes saben guardar silencio. Se piensa que, debido a la gran cantidad de opciones de comunicación que tenemos hoy y al rápido progreso y cambio de la tecnología, el silencio se ha diluido. Las redes sociales son enaltecidas y, en general, quien hace uso del internet puede «romper el silencio», frase carrasposa que leo a menudo, y que se presenta como la voz de alguien que se hallaba en mutis, aguantándose, y de pronto, a raíz del desespero por expresar lo que le ahogaba, de manera «casual» lo hace en público a alguien que lo divulga o lo confiesa en su «cuenta» o «perfil» y fue algo así como una liberación.

Hablar no significa «romper el silencio». La reserva no equivale a no hablar o a no querer hablar. El silencio es tan hermoso que

amerita ser cultivado y gozado. Es a la vez un gran y constante salón de clases. El que lo guarda, lo observa y lo aprende se limita.

A Aristóteles se le atribuye el viejo dicho: «Cada uno es dueño de su silencio y esclavo de sus palabras». Existe otro dicho muy parecido atribuido a William Shakespeare: «Es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras». Me gustaría recomendar a quien ha llegado a esta página que leyera *Lenguaje y silencio* [1976], de George Steiner. Es un homenaje al lenguaje, a la palabra, a la literatura, pero también al arte del silencio. En el capítulo «El abandono de la palabra», repasa con solidez algunas ideas: cómo en algunas culturas orientales, por ejemplo, el budismo o el taoísmo, se pretende alcanzar algo así como un «silencio cada vez más profundo. El más alto, el más puro alcance del acto contemplativo es aquel que ha conseguido dejar detrás de sí al lenguaje».² Así imagino que son los monjes budistas en sus monasterios.

GUARDAR SILENCIO

En años recientes, en ciertos sectores sociales, he escuchado que es bueno asistir a «retiros de silencio». En la propuesta, según me han contado, el silente se desprende del mundo para escuchar su voz interior, la cual es interrumpida a causa del impúdico repicar de voces que le rodean en la vida cotidiana. Me parece que quien tenga los medios y la actitud de escucharse hará bien en acudir al llamado de esta posibilidad.

Steiner reflexiona muchas cosas más sobre el lenguaje en la tradición occidental. Se imagina que «el santo, el iniciado, no solo se aleja de las tentaciones de la acción mundana; se aleja también del habla. Su retiro a la cueva de la montaña o a la celda monástica es el ademán externo a su silencio».³

Creo que *estar en la naturaleza* es un espacio anhelado para quien busca silencio, pero la cueva, la montaña o el mar no son imprescindibles. El silencio se puede alcanzar hacia dentro, mirando y mirándose. Y sobre el santo, el iniciado, qué fortuna que

yo pudiera serlo. Lejos estoy de ello, solo pretendo —repito— saber cómo va la cosa. Mi mundo está lleno de ruidos ciudadanos, ambulancias, música a elevado volumen, gente, gritos, voces, cláxones, trompetas, máquinas podadoras, vendedores ambulantes, altavoces, alarmas... Si algo deseo en el futuro próximo es escuchar menos ruidos cotidianos.

Pero Steiner afirma bien que estas experiencias (el monje, el desierto, la vida conventual, la soledad) tienen «inevitablemente un sabor a misticismo».⁴ A la vez, comprende que, producto de esa tradición occidental, es innegable la supremacía de la palabra escrita porque ella rubrica el «total de la experiencia humana, el registro de su pasado, su condición actual y sus expectativas». Incluso esa misma necesidad de dejar anotaciones se observa hasta en las matemáticas (como variante de un código), como lo hicieron Leibniz y Newton con la geometría analítica y la teoría de las funciones algebraicas. Los lenguajes de estas u otras ciencias son «propios, tan articulados y elaborados como los del discurso verbal».⁵

El que resiste guarda silencio porque está escuchando al mundo («Cada loco con su tema»)⁶ y procura estar muy atento a las voces cercanas, a las misteriosas o extrañas, a las queridas, a las comunes, a las recurrentes, para seguir nutriendo su voz interior y comprender mejor de qué va la vida o tan solo el instante que transcurre.

LA VOZ PÚBLICA

El silencio en la esfera pública también debe ser considerado aquí, porque no afirmar algo hacia un «mundo» que estaría en actitud oyente o a la expectativa no significa que tal asunto no se ha pensado o repensado. No es imprescindible ser hablante, público y, menos aún, todo el tiempo.

La reserva de la voz constituye una enigmática capacidad de dejar al aire una posible respuesta. Desde mi punto de vista, en este momento y lugar, el silencio ha sido uno de mis más grandes

aliados, maestros y amigos. He aprendido mucho sobre los seres humanos y sus conductas; en especial, en torno al poder. Este, a su vez, es otro entresijo que se debe tratar como quien se encuentra con un *rara avis*: se desconoce si el ave va a volar o comerá, si engulle y qué lo nutre; si dará un zarpazo o solo busca jugar, distraernos; si, desde arriba de nuestros ojos, planea bajar y atacar o ignorarnos, o bien, nada más hacerse presente, para temerle, amarle, alabarle o propiciar que salgamos corriendo, acercarse o alejarse; no sé, un sinfín de dudas que llega a despertar. El silencio como *rara avis* es aprender a conocer lo desconocido.

La voz pública no puede enunciarse a la ligera; no hay que hablar por hablar. Me ha tocado mirar de lejos, de cerca y de muy cerca a cualquier cantidad de políticos, hombres y mujeres, que se dirigen a públicos de índole diversa en un sinfín de escenarios. Me sorprende en algunos su incapacidad de conectar ideas lógicas, y cómo repiten cual merolicos una serie de enunciados inconexos. Escuchar alguna sesión legislativa (en cualquier lugar del mundo) puede ser entretenido, por más que se piense lo contrario. Quienes nos hemos formado en lingüística y disciplinas relacionadas con la palabra, tenemos ahí un foro representativo de las ideas contemporáneas y cómo se expresan (o mal expresan).

Cuando faltan ideas, lo común es toparse con el asedio, la agresión, la provocación; denigrar, atacar a la persona, humillarla, eso es común. Muchos crímenes no se cometen necesariamente contra una persona en particular, sino porque tal o cual individuo representa una forma de pensar que no es compartida por otros individuos o grupos.

Cuando faltan argumentos, se arremete contra la persona (el orador) o a quien se relacione con él, como al líder o a sus seguidores. Estos ataques pueden ser desde pequeñeces, como su fenotipo, defectos físicos, color de piel o su postura al sentarse, hasta difamaciones, inferencias ilógicas, montajes o mentiras que no habrían sido imaginadas ni por los mejores escritores de la historia de la literatura. Este es otro ejemplo de *transferencia*, concepto sobre el que detallaré páginas adelante. De la discordia simple o natural al fanatismo criminal puede haber solo unos cuantos pasos.

Como estrategia para hacerse ver o notar, está bien, siempre y cuando no se traduzca en licencia para matar. Incluso la táctica puede ser entretenida viendo los efectos que provoca: el destinatario se engancha con el atacante o con su manera de expresarse. Admito que el desahogo, el vaciamiento y la catarsis son expresiones de la condición humana; sea a través del pleito y todas las artimañas habidas y por haber. «Está peleado con la vida», dicen. Pero como modo de estar en el mundo es desgastante: fruncir el ceño por todo, desear el mal al prójimo, celebrar la derrota de los demás, querer la revancha a cualquier precio, jactarse de la enfermedad o dolor de un rival, e incluso alegrarse por la desdicha o muerte de quien no piensa como una es nocivo para el alma. A la postre, este modo de vivir y actuar no contribuye a la felicidad de su persona ni a la humanidad; la denigra.

Admito que las palabras para mí son sacras como las personas, y que la comunicación verdadera no es parloteo; es la transmisión de razonamiento o emociones que *se sienten*. Soy de la opinión de que en el espacio público se deben comunicar cosas importantes. Si no hay nada que aportar y solo sentimos un deseo de ser vistos o escuchados, o solo anhelamos agraviar o humillar a alguien, podría tratarse de otro problema.

«Los beatos, los histéricos, los destructivos del yo, son precisamente los autores que aportan su testimonio a esa horrenda y pulcra época en que vivimos», escribió hace unos sesenta años Susan Sontag. En particular —cosa que no ha cambiado en una buena parte del espacio público—, Sontag detectó que se trataba de «un problema de tono»: «resulta difícil dar crédito a ideas expresadas en los tonos impersonales de la cordura [...]», pero «respetamos precisamente aquellas verdades salidas de la aflicción», como se escucha en la plaza. La escritora parece lamentar que «todas y cada una de nuestras verdades deben tener un mártir». ⁷ Bien mirado, todos somos mártires o verdugos, está en nuestra naturaleza. Lo que cambia es la actitud ante el problema que podría llevarnos a ser o sentirnos mártires o verdugos: ¿te cuentas a ti misma que eres una sacrificada? Eso serás. ¿Te cuentas que eres impía? Eso serás. ¿Te cuentas que todos se confabu-

lan en tu contra? Así será. El problema no es el problema, sino nuestra actitud ante el problema.

Leoncio Taipe Javier considera que «el silencio es un elemento paralingüístico que se constituye en una herramienta importante para el proceso cognitivo y metacognitivo».⁸ Las palabras que emplea pueden ser rebuscadas (así es el lenguaje académico, lo siento) pero muy certeras y por ello las parafraseo: todos los seres humanos están dispuestos a aprender. El silencio puede ser considerado un elemento no lingüístico que precisa de la observación para alcanzar ese objetivo.

Para otros, el silencio es parte del conocimiento, es una forma del habla, es un «modo de discurso», como lo expresó Martin Heidegger en *Ser y tiempo* (1927):

No por el mucho hablar acerca de algo se garantiza en lo más mínimo el progreso de la comprensión. Al contrario: el prolongado discurrir sobre una cosa la encubre, y proyecta sobre lo comprendido una aparente claridad, es decir, la incompreensión de la trivialidad. Pero callar no significa estar mudo. El mudo tiene, por el contrario, la tendencia a «hablar».⁹

En oposición a esta idea, Paulo Freire declara que «la sociedad dependiente es, por definición, una sociedad silenciosa».¹⁰ No estoy de acuerdo porque, desde mi perspectiva, una supuesta sociedad silenciosa en realidad está hablando todo el tiempo. Puede ser que la autoridad no la oiga, que la pareja no la oiga, que los hijos no la oigan, que los amigos no la oigan, incluso, *que nadie quiera oírla*, pero no existe sociedad muda. El silencio es altamente expresivo y por ello es, a todas luces, subversivo, distópico, revolucionario.

Si me he de referir al ámbito público, la verborrea es una forma de evadir lo sustancial. Subrayo que «callar no significa estar mudo». Volvamos a Heidegger, para quien «solo en el auténtico discurrir es posible un verdadero callar [...] El silencio, en cuanto modo del discurso, articula en forma tan originaria la comprensibilidad del *Dasein*,¹¹ que es precisamente de donde pro-

viene la auténtica capacidad de escuchar y el transparente estar los unos con los otros».¹²

Para Teresa Guardans, el silencio, el maravillarse, el asombro y la conmoción son una peculiar forma de conocimiento. Incluso ambos pueden ser herramientas para fortalecer el «camino interior»¹³ que todos estamos obligados a recorrer.

UNA FORMA DE PROTESTAR

El silencio, si ya nos estamos entendiendo, es una forma de discurso y significa —cuando estamos buscando comprender algo— la ronda hacia ese *ser o estar en el mundo*, sobre todo cuando a cualquier edad nos enfrentamos a lo desconocido, lo incierto, lo inexplicable. Al mismo tiempo es una forma de estar en paz, quizá sin siquiera buscar tener la razón.

Simone Weil escribe:

Entre aquellos que han sufrido demasiados golpes, como los esclavos, esta parte del corazón a la que el mal infligido hace gritar de sorpresa parece muerta. Pero nunca está por completo [muerta]. Solamente no puede gritar más. Está situada en un estado de gemido sordo e ininterrumpido. Incluso entre aquellos en quienes el poder del grito está intacto, este grito casi no consigue expresarse hacia adentro ni hacia afuera en palabras coherentes. La mayoría de las veces, las palabras que procuran traducirlo resultan completamente vanas.¹⁴

Cuando salimos de la trivialidad o de lo que comúnmente se llama «zona de confort», los riesgos de hablar, comunicarse, silenciarse o callarse son mayores. En este tiempo, confieso que no me he hallado en absoluto en una zona de confort.

El anterior término lo acuñaron los psicólogos Robert M. Yerkes y John D. Dodson en 1908 a raíz de un experimento para demostrar que quien se encuentra en una zona segura aumenta su productividad. Sin embargo, mantenerse ahí, en efecto, es cómodo, pero «el que no arriesga, no gana», reza el refrán.

Pedro García Sanmartín define la noción a su manera: «la zona de confort es un espacio donde generamos un patrón de comportamiento que reduce el nivel de estrés y de riesgos». Este proceder genera «hábitos con los que nos justificamos ante nuestros miedos». El riesgo es «perpetuarse en esta zona, es evidentemente perjudicial para nuestro desarrollo personal».¹⁵

Yo digo: que hablen todos los que quieren expresar algo, muy bien. Pero a la hora de tomar la palabra en el espacio público hay que procurar hablar de lo que en verdad se piensa (el riesgo: no saber mentir y pronto ser descubierto); no ser «perico»; no ser ridículo, ilógico, incongruente, ni balbuceante. Lo dicho deberá ser producto de un «auténtico discurrir». Además, hay que saber cuándo es pertinente expresar ese pensamiento amasado y repasado; quien discurre para otros debe medir los efectos que puede causar.

El que sabe no habla.
El que habla no sabe.
Mantener la boca cerrada.
Vigilar los sentidos.
Moderar el sarcasmo.
Simplificar los problemas.
Disfrazar el brillo.
Ser uno con el polvo de la tierra.
Esta es la principal unión.
Quien ha alcanzado este estado
no se preocupa por los amigos o enemigos, ni
de lo bueno o de lo malo, del honor y la desgracia.
Este es por lo tanto el más alto estado del hombre.

§56
LAO TSE¹⁶

Cuando he sentido alguna urgencia por opinar, aclarar o contestar algo, a causa de algún efecto emocional que me produjo